

La Esfera



Año I * Núm. 42

Precio: 50 cénts.



TIPO GITANO, por Ricardo Brugada

¿ Hablo con la Casa GAL?...
Envíenme enseguida una caja de
Jabón **HENO** de **PRAVIA**
No quiero otro Jabón



Ehrmann

Año I

17 de Octubre de 1914

Núm. 42

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CARLOS I

Rey de Rumanía, que ha fallecido el día 10 del actual en Bucarest

Nació en Sigmaringen el 20 de Abril de 1839; fué nombrado príncipe regente de Rumanía en 1866, y subió al Trono el 10 de Mayo de 1881, siendo su esposa la princesa Isabel de Wied, conocida en el mundo literario con el nombre de "Carmen Silva"

DIBUJO DE GARCIAL

DE LA VIDA QUE PASA A MERCED DE LA FUERZA

Todo queda á merced de la fuerza, no ya la vida y la hacienda de un individuo, que eso nada vale ante el ideal de nación ó de raza, sino las propias naciones y las propias razas. No hace muchos días, desde su rincón de Salamanca, un penalista insigne, Dorado Montero, teorizaba el valor de la fuerza considerándola como razón, origen y fuente del derecho. Espíritus firmes como el de Dorado—más fuertes que la fuerza—han de aceptar con amarga ironía esa realidad. De la fuerza nace la justicia. Es decir: el triunfo del hecho consumado. No ya la fuerza sobre el derecho, según la frase de Bismarck, sino la fuerza constitutiva de derecho.

Pero yo no quiero adelantarme á imaginar, en estas páginas de LA ESFERA, qué valor tendrán—por reacción—al terminar la guerra los conceptos eternos que no pueden ser destruidos por los morteros de 42. Estamos aún no en la zona de fuego, pero sí en la que le circunda. Nos ciega el humo de la pólvora y, aunque tratemos de ver claro, muchas veces nuestros ojos de neutrales se empañarán de lágrimas, lo cual, tanto como la cólera altera la limpidez de la visión. ¿La fuerza es el derecho? Entonces ¿será también, quizá, la fuerza la razón? Pueden contestar á esa pregunta que directamente les atañe, los belgas.

Sin responder por nuestra cuenta, vamos á buscar un campo de experiencia, lejos de la guerra, para no verlo profanado de sangre. Es la bella Estiria, país de viñedos y de sol. «pequeña Italia alemana camino del Adriático, tierra prometida de los germanos», según la describe en frases líricas su más ardiente enamorado, el austriaco Rodolfo Hans Bartsch. Pero esta bella Estiria es hoy Austria. Esa tierra prometida de los germanos está sujeta al imperio austriaco por la fuerza; sus habitantes son eslavos, la lengua eslava. A pesar del dominio político la raza eslava vuelve á sobreponerse. Y ese escritor de otra raza, de la dominadora, nacido bajo el cielo límpido de la Estiria, ha escrito pensando en ella un libro de esperanza y de melancolía. Hablo de un libro de éxito ruidoso en Austria como en Alemania. No se titula *El dolor eslavo*, sino al contrario: *El dolor alemán*. ¿Comprendéis ahora por qué asocio las ideas que la personalidad literaria de Rodolfo Hans Bartsch sugiere con la teoría de la fuerza? Se trata de un disfraz sentimental. Es el mejor ejemplo que pudiera ofrecerse de los caminos que toma la violencia para legitimar, para justificar, para cordializar sus raptos.

Comenzada la guerra, es interesantísima la obra de Hans Bartsch, que Genoveva Bianquis al estudiarla y traducirla califica de «una forma literaria del pangermanismo austriaco». De ese trabajo sería y sobriamente hecho, recojo los principales datos. Consignaré en primer término, porque no huelga esta nota biográfica, que Hans Bartsch es militar retirado y pasó la mayor parte de su carrera en Viena, agregado al Ministerio de la Guerra. Dejó á un lado la iniciación de la tendencia expuesta en libros como *Los doce estirioses* é *Isabel Kätt*, para llegar rápidamente al más típico: *El dolor alemán*. En ese libro el novelista austriaco une la suerte de Austria á la de Alemania. «En el peligro común, la defensa debe ser común, el espíritu común, el impulso común.» ¿Cuál es el peligro común? ¿Dónde está la comunidad del espíritu? Este pangermanismo es el que opone á la barbarie eslava la civilización alemana, el que hace de Alemania unida á Austria el *boulevard* de la Europa civilizada, el campeón de nuestras libertades. El peligro es, por consiguiente, la *desgermanización* del suelo conquistado.

Por eso la Estiria le parece que «exhala, bajo el golpe de terrible amenaza, un grito trágico de dolor». Ha contado Hans Bartsch las ciudades perdidas ó decadentes de donde poco á poco ha sido extirpado el alemán y reconquistadas la iglesia y la escuela por la lengua eslava. Ha visto extinguirse lentamente—como el héroe de su novela—las antiguas familias alemanas, y ejercer gradualmente su dominio primitivo el labriego eslavo ignorante y bárbaro. «Y esta desgermanización se agrava por el hecho de que no se apoya en la fuerza y no funda su autoridad en ella.» Por eso el protagonista, Jorge Botzenhardt, tiene que dejar la escuela desde muy niño, después de una reyerta entre alemanes y eslavos. «En su vida, un poco descuidada—dice madame Bianquis,—á través de tres ó cuatro idi-



Campanas nocturnas

*Campanas funerales
que estremecéis sonoras la soledad nocturna
con el plañir de vuestros herrumbrosos metales.
¡Callad! ¡callad! La sombra quiere romper su urna
en un trémulo escándalo de deshechos cristales,
para surgir de nuevo, incommovible y fría,
los húmedos cabellos á las sienes pegados,
y goteando lluvia la mortaja sombría,
y el índice esquelético en los labios sellados!...*

*¡Campanas funerales,
callad, callad, que vuestros dobles son
como siete puñales
sobre mi corazón!*

*En el silencio escúchanse las uñas afiladas
de la Muerte, arañando los frágiles cristales
de un féretro... ¡En la sombra resucitan miradas,
y sonríen recuerdos en labios fantasmales!
Hay un vago perfume de cosas olvidadas
que surge de la tumba donde duerme el pasado...*

*La noche es una negra que arrulla nuestro sueño,
cantándonos el opio de algún aire olvidado
que hace al labio ya mustio entreabrirse risueño...
¡Sus ojos son estrellas en la sombra apagadas
en donde fosforecen las antiguas miradas!...
¡Y esas miradas son
también cual siete espadas
sobre mi corazón!...*

FRANCISCO VILLAESPESA

lios distintos y muchas transformaciones, persevera una certidumbre fija: que es preciso luchar en el Este contra la amenazadora marea eslava, salvar y glorificar en Austria la tradición alemana íntegra; tradición intelectual, humanista y musical. Todos los medios le parecen buenos para conseguirlo y el más pacífico es el de propagar el amor á la música alemana, que es el alma superior del pueblo alemán. Ese eslavo es dulce, sencillo, cordial—declara Hans Bartsch,—lleva en sí mismo tesoro de ingenuidad. ¡Qué corazón tan delicado mientras no se corrompe! Así son, casi siempre, infantiles, alegres, agradecidos, manteniéndose cerca de la naturaleza de Dios, llenos de leyendas, fábulas é historias. Sólo el canto les faltaba. ¡Qué labor podría hacer la escuela alemana agregando á esas cualidades el *Semlit* alemán, la profundidad de los grandes ejemplos y la belleza de los cantos alemanes!

No quiero interrumpir con comentarios esta rápida exposición:—«Frente al eslavo—, sigue el héroe de Hans Bartsch,—el alemán se levanta más fuerte, más disciplinado, mejor armado para la lucha. Son por todas partes más despiertos, más económicos y más fuertes... Los eslavos se estremecían al ver á sus vecinos levantarse á las tres de la mañana y trabajar hasta la noche, y el domingo, en vez de ir á beber y querellarse á la taberna, reunirse en familia en casa de uno ú otro, bebiendo el vino de sus viñas y cantando los cantos preferidos de su país.»—¿Cuál es, entonces, el dolor alemán?

—«Lo que falta alrededor de las ciudades es una población rural alemana. Por todas partes se hablaba de discórdias de aldea y del sufrimiento de sus hermanos alemanes, malditos, odiados y perseguidos en aquel venturoso país del sol. Los alemanes que poseían tan hermosas casas en las viñas, pero que no poseían los corazones, que habían construido todos aquellos mercados, aquellas ciudades, aquellas iglesias, y ahora iban á perder, una á una, todas las pequeñas isletas blancas sembradas en el paisaje de oro bruñido. Sobre aquella tierra soleada, donde no había resonado hasta poco há el idioma del más pensador de todos los pueblos, triunfa hoy un idioma que nunca ha consolado ni liberado un alma y que sostenido y manejado por rezagados y descontentos ha llegado á ser el grito de guerra de espíritus oscuros y sañudos.»

¿Hace falta leer más? ¿No sabéis ya cuál es el dolor alemán?

Es el anhelo de la fuerza que tiene también su prurito invencible hacia la acción, como el amor. —«Nuestra sangre—exclama Bartsch—corre y circula en lo más selecto de Inglaterra, de América, de la España de los visigodos y la de los Hapsburgos, de Francia... Como alemán, yo me siento el renovador de la tierra. Somos los que perecen para que nazcan pueblos nuevos. Somos bacilos de fiebre, levadura del mundo, generador de razas y aún vivero de dinastías.»

Bien está la lírica del pangermanismo aunque ahora la veamos como precursora de los bombardeos, pero en el caso tan típico de la Estiria, pronto habrá de oponérsele otro, y acaso otros lirismos, no menos vigorosos. No tardará en hallar expresión el *dolor eslavo*, más sincero, más hondo y sobre todo más intensamente perturbador, puesto que busca en su propia tierra el ideal.—No quiero hablar de la ambición latina, de la expansión de Trieste, el Tirol y la Carintia, que llega ya precisamente hasta esa Estiria, «pequeña Italia alemana, camino del Adriático...» y que el día del triunfo acaso soñara en agregarla á la Italia grande.—Pienso únicamente en los eslavos, en los moradores tradicionales. ¿Cómo dejarán ellos que llegue á realizarse la ilusión de un militar austriaco educado en libros alemanes, si su fuerza ha sido hasta ahora la de persistir, y va llegando ya el momento de abandonar la pasividad y penetrar en el campo de la acción? Tienen por suyo el porvenir; su caos va concretándose, formándose. Tienen el número. Sabios, soldados, poetas, músicos no les faltan. Su cultura saldrá de ellos mismos como una flor fragante, espontánea. Y á esa bella tierra de Estiria no le faltarán ni siquiera sus cantos populares, cuando renuncie Hans Bartsch á imponerle amorosamente el gusto de los cantos alemanes.

Luis BELLO

A detailed map of the Western Front in France during World War I. The map shows the Scheldt River (R. ESCALOA) flowing from the north, passing through Brussels (BRUSELAS) and Mons, and joining the Meuse River (R. MOSELA). The Meuse flows south through Namur, Dinant, Givet, Sedan, and Verdun. The Marne River (R. MARNE) flows from the east, passing through Reims and Chateau Thierry, and joining the Aisne River (R. AISNE). The Aisne flows west towards Paris. The map also shows the positions of the Belgian Army (EJERCITO BELGA) and the French Army (FRENCH ARMY). The French Army is shown in two main positions: one along the Meuse River from Namur to Verdun, and another along the Aisne River from Soissons to Paris. The map is divided into seven numbered regions (1-7) representing different sectors of the front. Key locations marked include Amiens, Arras, Valenciennes, Cambrai, Peronne, Noyon, Soissons, Reims, Chateau Thierry, Chalons, Vitry, Metz, Toul, Nancy, and Luxembourg. The map also shows the positions of the German Army (GERMAN ARMY) and the British Army (BRITISH ARMY).

A detailed map of the Ardennes region, showing the Siegfried Line (a dashed line with cross-ticks) and the Maginot Line (a solid line with cross-ticks). The Siegfried Line runs from the north near Sedan and Rosoy, curving southwards towards Verdun. The Maginot Line runs from the west near Compiègne and Soissons, curving southwards towards Verdun. Key locations marked include Combrai, Bohan, Hirson, Rosoy, Sedan, Longwy, Compiègne, Soissons, Reims, Varennes, and Verdun. Rivers shown include the R. Moselle, R. Mos, R. Aisne, and R. Meuse. The word 'ARDENNES' is written vertically on the right side of the map. A legend at the bottom left shows a circle with a cross-tick symbol next to the word 'PARIS'.

De otro modo, los teutones, siguiendo el curso del Oise, empujarán el centro de la línea aliada, con ataque angular ofensivo, cuyo vértice habría de seguir la codiciada ruta de la gran urbe parisién.—A. M.

Sor Ventura

HAY en nuestro idioma una palabra que queriendo ser sentimental es fría; que queriendo expresar una alta virtud no nos dice nada al corazón. Es la palabra «Beneficencia». La Beneficencia, así escrito, con mayúscula, para que se vea y refulja bien, es la caridad oficial, la caridad del Estado, organizada y sistematizada con leyes y reglamentos y reales órdenes y circulares y demás arbitrios y faramallas de la rutina burocrática. Le falta espontaneidad; convierte el dolor humano en un expediente y la lucha contra la adversidad en una función automática. Los enfermos de un hospital, los recogidos de un asilo, los prisioneros de un reformatorio no son para ella casos patológicos, casos sociales, sino números que encasilla y que curados del cuerpo ó del alma, bien ó mal, vuelven al tráfigo de la vida para volver á caer vencidos por el propio vicio y la propia ineptitud ó por el desvalimiento en que les deja la indiferencia de los demás.

Acaso, por esta impresión que esa palabra nos produce, no tiene para nosotros todo el valor que debiera la Cruz de Beneficencia. Cada nación, por pródiga que sea en condecoraciones que satisfagan nimias vanidades, tiene una Orden en la que solo son consagrados el verdadero mérito ó las virtudes bien probadas. La Cruz laureada de San Fernando, por ejemplo, nos produce un sentimiento de respetuosa admiración. No sabemos quién es, ni qué hizo aquel que lleva sus insignias y, sin embargo, creemos ahincadamente que desdeñó su vida y quiso darla por defender la patria. Igual estimación debiera tener la Cruz de Alfonso XII, si no se la hubiera convertido en merced fácil y en regalo político. Más alta consideración aun alcanzaría la de Beneficencia, si llevara otro nombre; si fuera la Cruz del Heroísmo, la del Sacrificio, la de la Abnegación, cualquier cosa que no nos recordara la caridad oficial, fría, sistemática, automática, sin corazón, sin lágrimas...

Y ahora, en el caso de Sor Ventura, se reúnen ambas significaciones. Sor Ventura es la Superiora del Hospital Provincial madrileño. Estas mujeres que cubren sus rostros con las tocas blancas y consumen sus vidas en las salas de los hospitales, de los asilos, de las cunas, curando el dolor, consolando la orfandad, son como aura de primavera pasando sobre las tierras que agostara el invierno. Para las gentes estas mujeres son hijas del Misterio. Tienen todas en los ojos la misma placidez; todas en los labios la misma sonrisa tranquila. ¿Qué exaltaciones de la fe son necesarias para llegar á este grado de heroísmo sereno, tenaz, constante, de todos los días y todas las horas? ¿O qué irresistibles impulsos de la vocación ó qué tremendos y crueles desengaños de la vida mundana?

Imaginad qué sería la Beneficencia española sin el concurso de estas mujeres abnegadas, poseídas del espíritu de sacrificio por sus semejantes. El Estado, llámese Gobierno, Diputación ó Municipio, se reserva la organización, la dirección y la administración de los hospitales, cunas, asilos y manicomios. A la hermana de la Caridad no se le deja iniciativa ninguna; su corazón ha de suplir las deficiencias, ha de compensarlas y, sin embargo, para ellas es la contemplación y la cura del dolor á todas horas.

Sobre esta legión se destaca una mujer singular; se llama Sor Ventura; tiene, como todas ellas, la noción fervorosa de su deber y, como todas, padece la inquietud de no cumplirlo suficientemente. Cuando se tiene verdadera fe, la conciencia no está nunca tranquila, porque la recompensa que se espera en el más allá, parece siempre demasiado generosa y demasiado grande para la pequeñez del esfuerzo humano. Pero además, Sor Ventura tiene talentos singulares, y al cabo el talento es una forma de la bondad y de la virtud. Sor Ventura organiza, dirige y así la caridad de las hermanas que la ayudan se multiplica en sus efectos. Un organismo oficial pidió para ella la Gran Cruz de Beneficencia. Sobre sus sayas negras, bajo sus tocas blancas, las insignias rameadas no dirán nada á cualquier hombre justo. Bastaría considerar lo que significa toda una vida dedicada al cuidado de los enfermos; de los enfermos que llegan al Hospital recogidos en el abandono de la calle ó en las pestilencias del cuchitril paupérrimo.



¡Bastaría considerar lo que significa no desfallecer un año y otro año ante el tífico, ante el varioloso, ante el tuberculoso, mirando á la muerte de cerca, viéndola cada día, como en un campo de batalla; de una batalla que no acaba nunca!...

¡Cruz de la Abnegación! ¡Cruz del Sacrificio! ¡Cruz de la Virtud heroica! Cualquiera de estas órdenes no creadas pudiera haberse iniciado con el nombre de Sor Ventura. Y fijáos, cómo la imposición de estas insignias de la Cruz de Beneficencia sobre las sayas negras de Sor Ventura, se ha celebrado con una solemne ceremonia oficial. El Estado, que sabe vivir sin corazón, no sabe vivir sin solemnidad. Desde el ministro á los diputados provinciales acudieron á rendir homenaje á Sor Ventura cuantos dirijen en Madrid la Beneficencia. Y Sor Ventura escuchaba los loores que se le dijeron con la misma placidez en los ojos y la misma sonrisa tranquila en los labios con que recorre las salas de sus enfermos y va repartiendo esperanzas de curación entre los tíficos, los variolosos y los tuberculosos.

¡Corazones de mujer! ¿Cómo no acudisteis á llevar á la solemne ceremonia, organizada y ejecutada solamente por varones sesudos y empin-

gorotados en sus puestos y cargos oficiales, un poco de vuestra emoción femenina, de lágrimas de vuestros ojos, de sollozos de vuestros labios? Porque sólo vosotros, nidos de paloma donde el amor humano se refugia ó el amor divino se exalta, podeis comprender de qué calidad sutil y quintaesenciada es el heroísmo de estas mujeres que cortan sus cabellos, mutilan en belleza, esconden sus rostros en una cofia y buscan el dolor ajeno para padecer y sufrir toda una vida.

Lectora de estas líneas, quienquiera que seas, de alta alcurnia, que vives cohibida por ese círculo moral que llamamos «conveniencias sociales», ó linda modistilla que sabes bien las alegrías del vivir libre, como los pajarillos del cielo y las mariposas del campo, es preciso que pongas un poco del perfume de tu alma sobre ese expediente ritualista y esa solemne ceremonia oficial de levitas negras y abominables sombreros de copa. Coge, linda señorita, tu tarjeta blasonada ó garrapatea tu nombre, modistilla, en un trozo de papel como cuando le escribes al novio y, con una flor, llévalas al Hospital General diciendo: «Para Sor Ventura, la mujer buena.»

FOT. CAMPÚA

DIONISIO PÉREZ

EL TEMOR DE LONDRES

La populosa capital de la Gran Bretaña, alejada de los teatros de operaciones en que se dirimen en sangrientas luchas continentales el futuro poderío de los pueblos de Europa, no tuvo nunca que temer las devastaciones hecatómbicas de la guerra. Hasta ella solo llegaron los lejanos ecos de la pelea, sin que el fragor de las armas conturbase su secular serenidad. En la contienda actual no basta la arrogancia de sus potentes escuadras para poner coto a los temores de un *raid* aéreo, con el que la audacia teutónica castigase la soberbia británica.

Como Inglaterra es reina y señora de los mares, Alemania es dueña y dominadora de los aires. Sus zeppelines y aviones han sembrado el pánico en Francia, Bélgica y Rusia; los ingleses temen, justificadamente, que un día, el menos pensado, los focos potentes de los grandes dirigibles germanos rasguen las nieblas que nimbaban la gran ciudad del Támesis y que las bombas destructoras que arrojen los aéreos viajeros entibien la fe en el triunfo, que fué siglos y siglos indestructible y firme creencia de todos los hijos de la poderosa Albión.

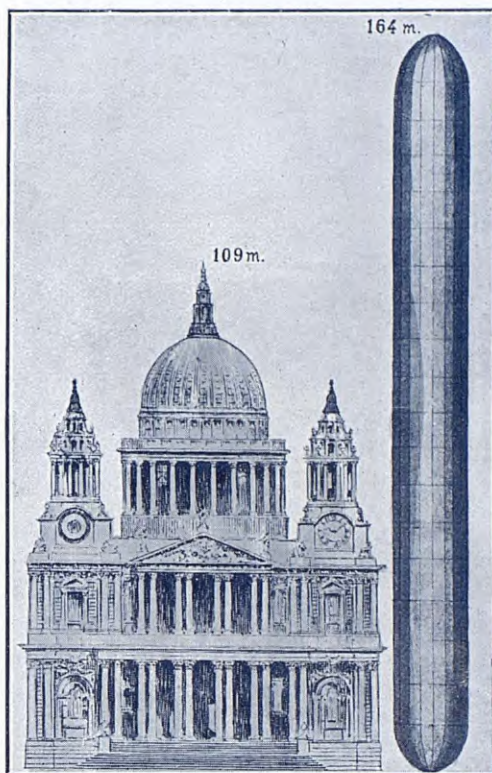
Desde 1890, el conde de Zeppelin, teniente general del ejército alemán, hombre de gran fortuna, de vasta ilustración y de acendrado patriotismo, protegido por el Emperador Guillermo y por el rey de Wurtemberg, y apoyado por los más fuertes capitales del imperio germano, se dedicó al estudio teórico de los dirigibles, y cinco años después, en 1895, comenzó a orillas del lago de Constanza, cerca de Friedrichshafen, la acción experimental de sus profundos estudios.

Los dirigibles zeppelines, que tan temidos son en esta enorme contienda, están constituidos por un armazón de aluminio, formando dos secciones transversales y piezas longitudinales; las secciones son a la vez tabiques interiores que dividen la capacidad en diez y siete compartimientos de 8 metros de largo cada uno, excepto el 5.º y el 13.º que solo tienen 4 metros y que son los que corresponden a las barquillas.

Toda la armazón metálica va recubierta por una envoltura en la parte superior y en las puntas es impermeable.

Esta envuelta no toca a los globos interiores (*ballonets*).

Las barquillas son dos pontones de aluminio de 7 metros de largo, organizados para poder flotar en el agua. Una viga armada, también de



Longitud de un Zeppelin comparado con la altura de la catedral de San Pablo, de Londres

aluminio y de 56 metros de longitud, enlaza las dos barquillas, refuerza la parte interior y soporta el carril por donde corre el peso de 150 kilogramos, destinado a luchar con los movimientos de cabeceo.

Los motores de cien caballos son del tipo Daimler. Todas las transmisiones son de aluminio. Cada motor lleva dos hélices de cuatro alas.

La dirección se consigue con dos timones: el horizontal y el vertical.

Lleva planos estabilizadores y 1.200 kilogramos de lastre, convenientemente repartidos.

Con los zeppelines más modernos puede conseguirse una marcha de 85 kilómetros por hora y teniendo en cuenta que para un ataque aéreo a la Gran Bretaña, las bases de partida tenían que ser Colonia o Wilhelmshaven, las potentes aeronaves germanas podían salvar en cinco horas los 400 kilómetros que separan Colonia de Harwich y en seis los 500 que la separan de Londres, y si los zeppelines partían de Wilhelmshaven, que en línea recta dista de Londres 600 kilómetros, el tiempo de la travesía sería de unas siete horas.

Inglaterra había previsto y puesto valladar a hipotéticas invasiones de su territorio insular; pero no había parado mientes en la invasión aérea, que servirá, ya que no para posesionarse del territorio inglés, para dominar por el terror sus grandes ciudades y para deprimir la elevada moral y la firme seguridad del triunfo que fué siempre galardón de los súbditos británicos.

Para la invasión por mar tiene el dique insuperable de sus potentes barcos y el número crecidísimo de sus nada aguerridos ejércitos territoriales, prestos a luchar en el improbable caso de un asalto audaz al suelo de la Gran Bretaña.

Ya Lord Haldane, en su prólogo a una obra del general Jan Hamilton, estudia este hipotético atrevimiento continental y en sus cálculos deduce que para el transporte de 70.000 hombres, con toda su guerrera impedimenta, mínimo de efectivos para una invasión, se necesitan 150 barcos y se precisan tres ó cuatro días para el embarque de las tropas, uno ó dos para la concentración en los puertos y dos para la travesía; en total seis u ocho días, y aunque el Almirantazgo estuviese desprevenido, había tiempo suficiente para, sin auxilio de la escuadra, movilizar tropas regulares y territoriales que contuviesen el desembarco.

Aun va más allá el prologuista inglés: calcula en 32 kilómetros para explicar la visibilidad, la extensión de la escuadra de transportes, y así dando por sentado que una inexplicable inacción inglesa dejase hacer y acontecer al supuesto enemigo, precisaría éste, con mar bonancible y encalmado, un tiempo mínimo de tres semanas para avanzar por el suelo inglés, que nunca pudieron hollar plantas extranjeras.

Pero la invasión de los zeppelines es más factible y es esperada con terror.

AURELIO MATILLA

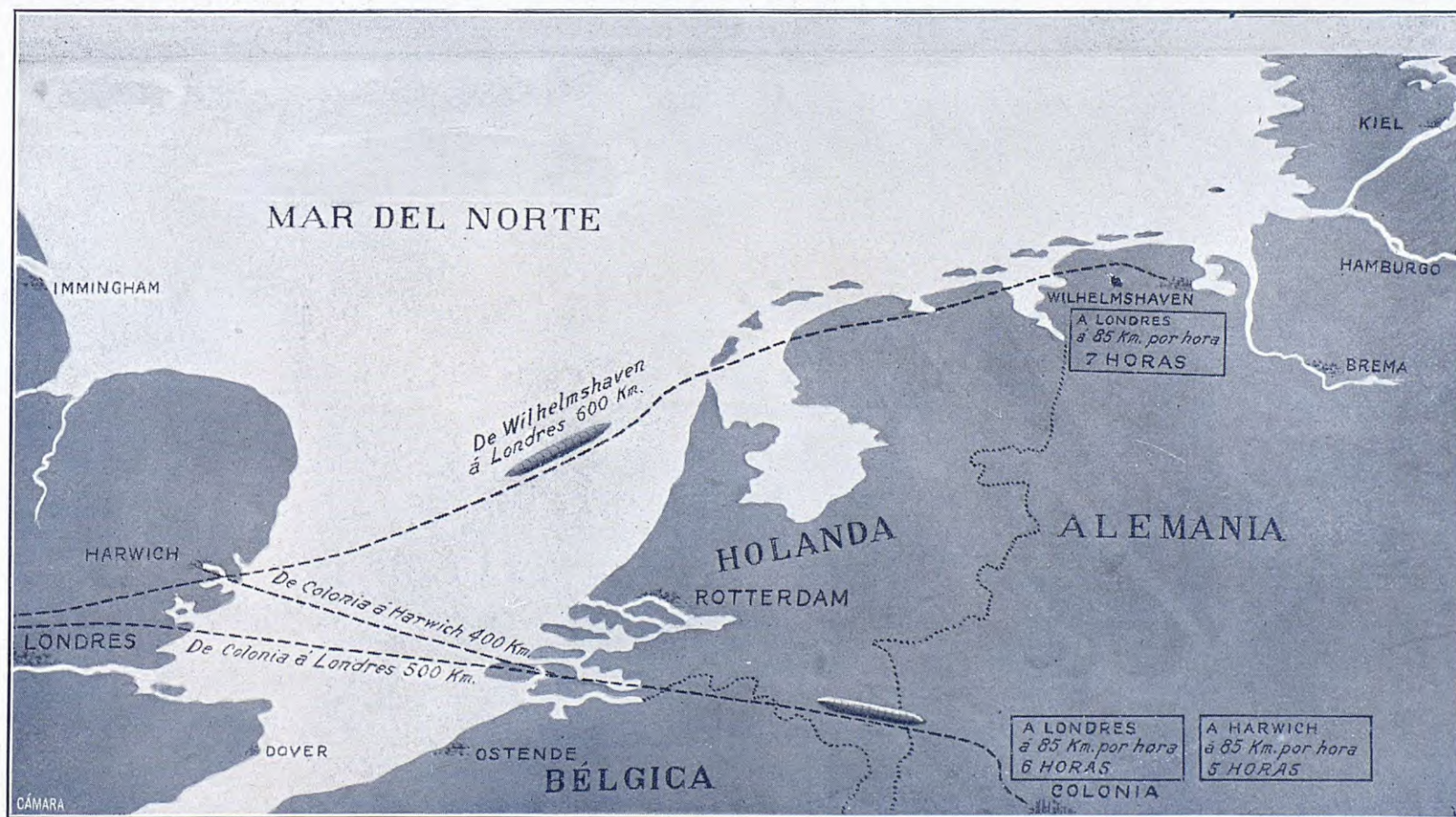
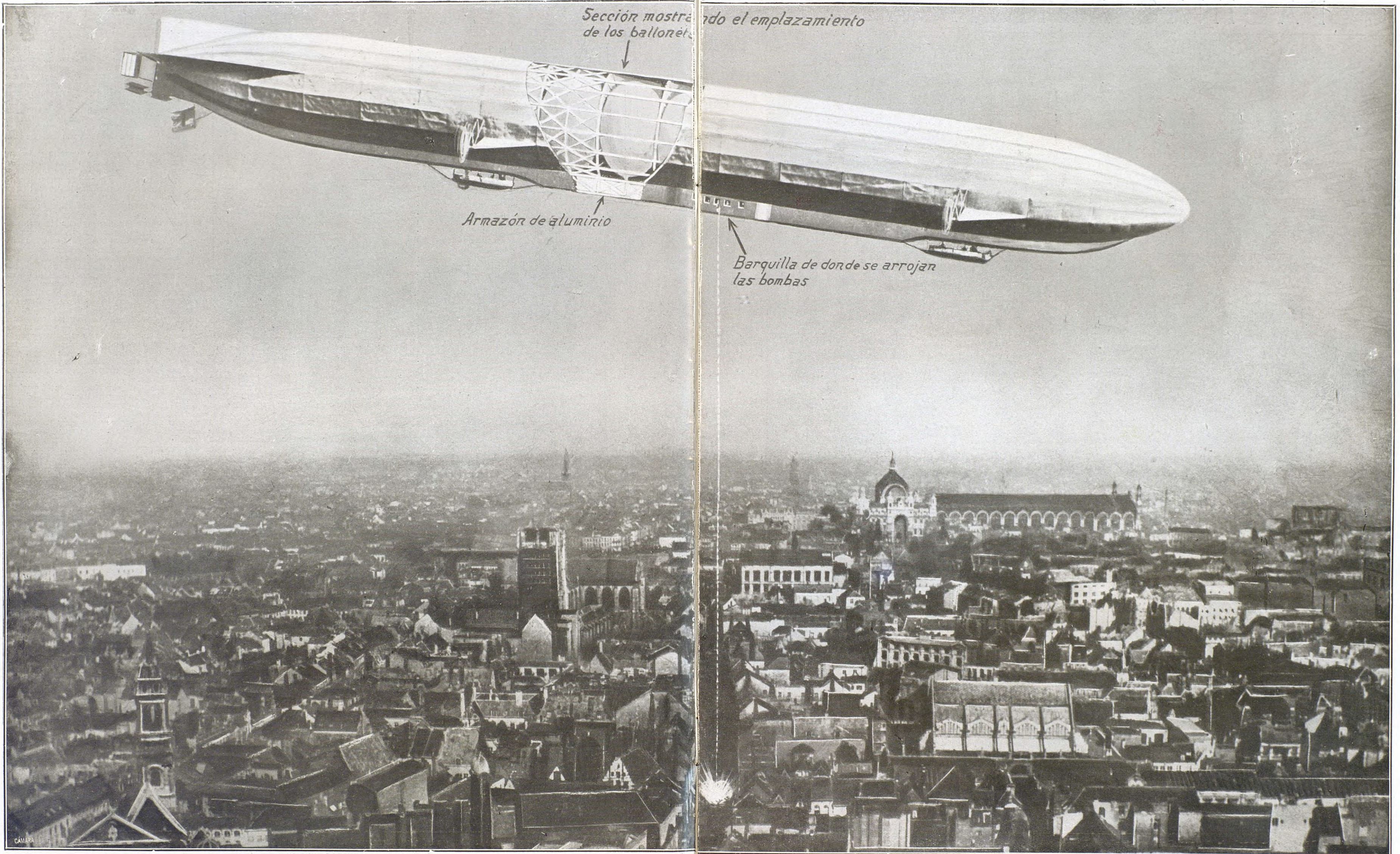


Gráfico mostrando las distancias á recorrer por los zeppelines alemanes desde sus principales estaciones, á Londres y otras capitales inglesas

EL BOMBARDEO DE AMBERES POR LOS ZEPPELINES



PANORAMA GENERAL DE LA CIUDAD Y GRÁFICO DE LA ACCIÓN MILITAR DE UN DIRIGIBLE ZEPPELIN



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



PIERROT SENTIMENTAL

Dibujo de Bartolozzi



A BÉLGICA

(En Septiembre de 1914)

¡Oh, valerosa Bélgica! Penachos colosales, que humean tus escombros, proclaman tu dolor, y elevan á los cielos, en densas espirales, los restos del estrago que te hizo el invasor...

Perpetuarán los siglos tu indómita fiereza; se esculpirá en la piedra tu esfuerzo sin igual, y el nimbo de la gloria, ceñido á tu cabeza, hará que del martirio resurjas inmortal.

Caerá junto á tus plantas el déspota rendido; te ofrendará su vida quien te llegó á ofender; é implorará tu gracia confuso, arrepentido el que, soberbio, al mundo desafiaba ayer.

El viejo continente, te rendirá homenaje; y á mil generaciones tu nombre llegará; y el triunfo de tus héroes convertirá el ultraje en galardón sublime que Dios te otorgará.

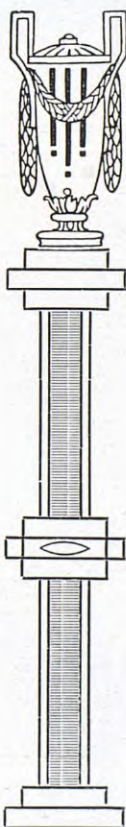
En su gran libro, Clio, describirá tu gloria sobre doradas páginas que á tí te reservó, porque no hay pueblo alguno que merezca en la historia las páginas sagradas que el belga mereció.

¡Tenaz te resististe! Tenaz contra el coloso; y fué tu pueblo heroico tan duro, tan tenaz, no por afán de lucha, pues quiso, valeroso, hacer frente á la guerra para vivir en paz.

¡Oh, laboriosa Bélgica, Bélgica atropellada, el germen de tu vida no lo podrá extinguir el destructor avance de la feroz mesnada, mientras te quede un hombre que pueda resistir!

Y ejércitos, cañones, fusiles y banderas, y tronos y repúblicas irán con avidez á defender tus fábricas, tus pueblos, tus fronteras, si atropellarte, injustos, pretenden otra vez.

¡Todos unidos, todos te prestarán su ayuda!, todos los que admirados se rinden ante tí; y no habrá un solo pueblo que en tu favor no acuda, ¡que tu heroismo al mundo se lo reclama así!...



Los que luchar quisieron, caerán en el abismo; al que inició la guerra debémosle aherrojar; y ya que al fin se lucha, que muera el despotismo ¡para que nunca vuelvan los hombres á luchar!

¡Cuántas y cuántas vidas sacrificadas fueron por una ambición loca que á un hombre trastornó! ¡Cuántas lágrimas, cuántas, las mujeres vertieron! ¡Cuántos hogares, cuántos, la guerra desoló!...

¿No lloráis con mi lira cuyas cuerdas vibrantes os llevan mis suspiros, os llevan mi ansiedad, porque veo mil brazos de niños suplicantes, huérfanos de la guerra que imploran caridad?...

¡Oh, Bélgica! Me postro llorando ante tus ruinas que al mundo entero inspiran profunda compasión... ¡Ciudades portentosas de Lieja, de Malinas, de Charleroi y Lovaina que sólo escombros son!...

Tú, Bélgica, inspirabas á algunos mercaderes envidia miserable. ¡De qué manera vill! te destruyeron pueblos y fábricas y enseres...; pero no destruyeron tu espíritu fabril...

El ha de levantarte sobre tus ruinas santas, cual del sepulcro á Lázaro Jesús le levantó...: yo sé que no sucumbes, yo sé que te levantas..., mas veo tus escombros y me acongojo yo...

Quisiera que mi espíritu tuviera tu energía, tuviera tu arrogancia, tuviera tu altivez, y entonces tu desastre no me acongojaría, ya que has de levantarte tan próspera otra vez.

¡Oh, valerosa Bélgica! Yo sé que te levantas, porque lo anuncia al mundo tu esfuerzo colosal; yo sé que resucitas sobre tus ruinas santas, yo sé que del martirio ¡resurjes inmortal!

Luis CAMBRONERO

DIBUJO DE JARABA



Carga de la Caballería francesa después de la destrucción de la Artillería alemana en la carretera de Lassigny, en donde estaban fuertemente atrincheradas y se defendieron heroicamente las tropas del Kaiser DIBUJO DE MATANIA

LA GUERRA Y LOS ARTISTAS ALEMANES



Ovación tributada por el pueblo de Berlín al Kronprinz el día de la declaración de la guerra

Aunque con gran retraso comienzan á llegar de Alemania las informaciones gráficas de la guerra. En ellas predomina el dibujo, ya que la rigurosa prohibición de la cámara fotográfica en las operaciones por el Estado Mayor germánico, impide la colaboración de tan útil elemento informativo. Sólo se ha autorizado en las líneas avanzadas la presencia de contados artistas, como el gran dibujante militar Félix Schwormstädt, dos de cuyas notas reproducimos. Refiérese una de ellas al emocionante momento de ser declarada la guerra en Berlín. La multitud rodeó el palacio residencia del Kronprinz, vitoreándole al presentarse con toda su familia al balcón principal. Las aclamaciones hiciéronse delirantes al tomar el Kronprinz en sus brazos á su hijo mayor el Príncipe Guillermo y presentarlo al pueblo.

Otra página emocionante es la relativa á la espantosa lucha nocturna sostenida por las tro-

pas francesas y alemanas en las calles de Mulhouse, al penetrar en ella las primeras fuerzas reconquistadoras de la Alsacia, al mando del general Pau.

Fué una terrible serie de combates casi cuerpo á cuerpo, en la que ambos beligerantes experi-

mentaron grandes pérdidas. Las calles de Mulhouse quedaron sembradas de cadáveres, siendo la ciudad perdida y tomada varias veces por las tropas que se la disputaban.

Este momento intensamente trágico que plumas como la de Marcel Prevost ha intentado describir con vigores admirables, y que parecía destinada á quedar envuelta en el siniestro misterio de una noche de horror, sin alguna nota gráfica que registrase página tan sangrienta, fué sorprendido genialmente por el gran artista alemán. La calle mayor de Mulhouse, en la que tuvo efecto lo más enconado de la lucha, fué durante unas horas un inmenso matadero humano, amontonándose los destrozados cuerpos de germanos y de franceses en gigantes barricadas que servían luego para ametrallar desde el siniestro parapeto á los que quedaban aniquilándose. Fué una página de horror de esta guerra espantosa.



Combate nocturno en las calles de Mulhouse durante el ataque de las tropas francesas á dicha ciudad alsaciana, en los primeros días de Agosto

LA DEFENSA DEL CAMPO ATRINCHERADO DE AMBERES



MOMENTO DRAMÁTICO DE SER ABIERTAS LAS ESCLUSAS DEL ESCALDA, Y QUE, AL INUNDAR LAS LLANURAS INMEDIATAS Á AMBERES, OCASIONARON LA RETIRADA DEL EJÉRCITO ALEMÁN EN LOS PRIMEROS DÍAS DE AGOSTO

DIBUJO DE E. MATANIA

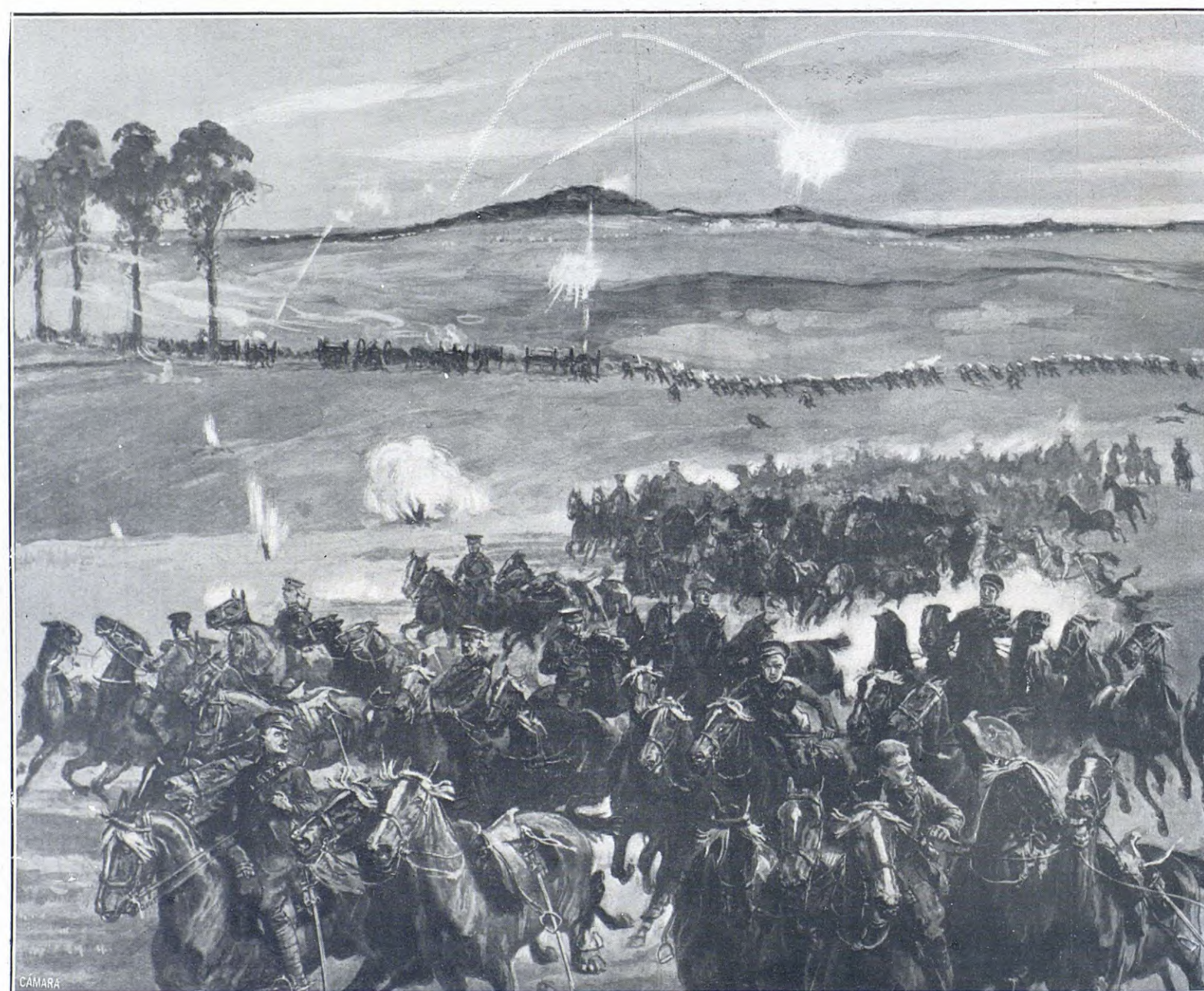


Un tren inglés de automóviles Lorry, sorprendido en su marcha por un aeroplano alemán



Estado en que quedó el tren de municionamiento inglés, después de arrojar sobre él varias bombas el aeroplano alemán

Los trenes automóviles Lorry destinados al transporte rápido de municiones y armas por carretera, tienen ya en la guerra actual una extensa aplicación. El ejército alemán, como el de los aliados, posee varios, y de ellos están haciendo gran empleo en la extensa línea de combate del Aisne, pues las líneas férreas, dada la sistemática destrucción que sobre ellas ejercen las tropas beligerantes para que no puedan ser utilizadas por el enemigo, son de escaso ó ningún servicio práctico. Estos trenes automóviles están constituidos por uno ó más vagones tractores de gran potencia y cierto número de furgones y pueden marchar á velocidades relativamente grandes aun por caminos medianos, merced á la excepcional robustez de su construcción. Su eficacia está siendo demostrada con exceso, aunque á su aparición los técnicos militares no emitían un juicio del todo favorable á ellos. Su principal enemigo es, naturalmente, dados los progresos hechos por la aviación, el temible aeroplano. En la guerra actual ya son varios los trenes automóviles sorprendidos en plena marcha por los guardianes del espacio, é inextricablemente atacados

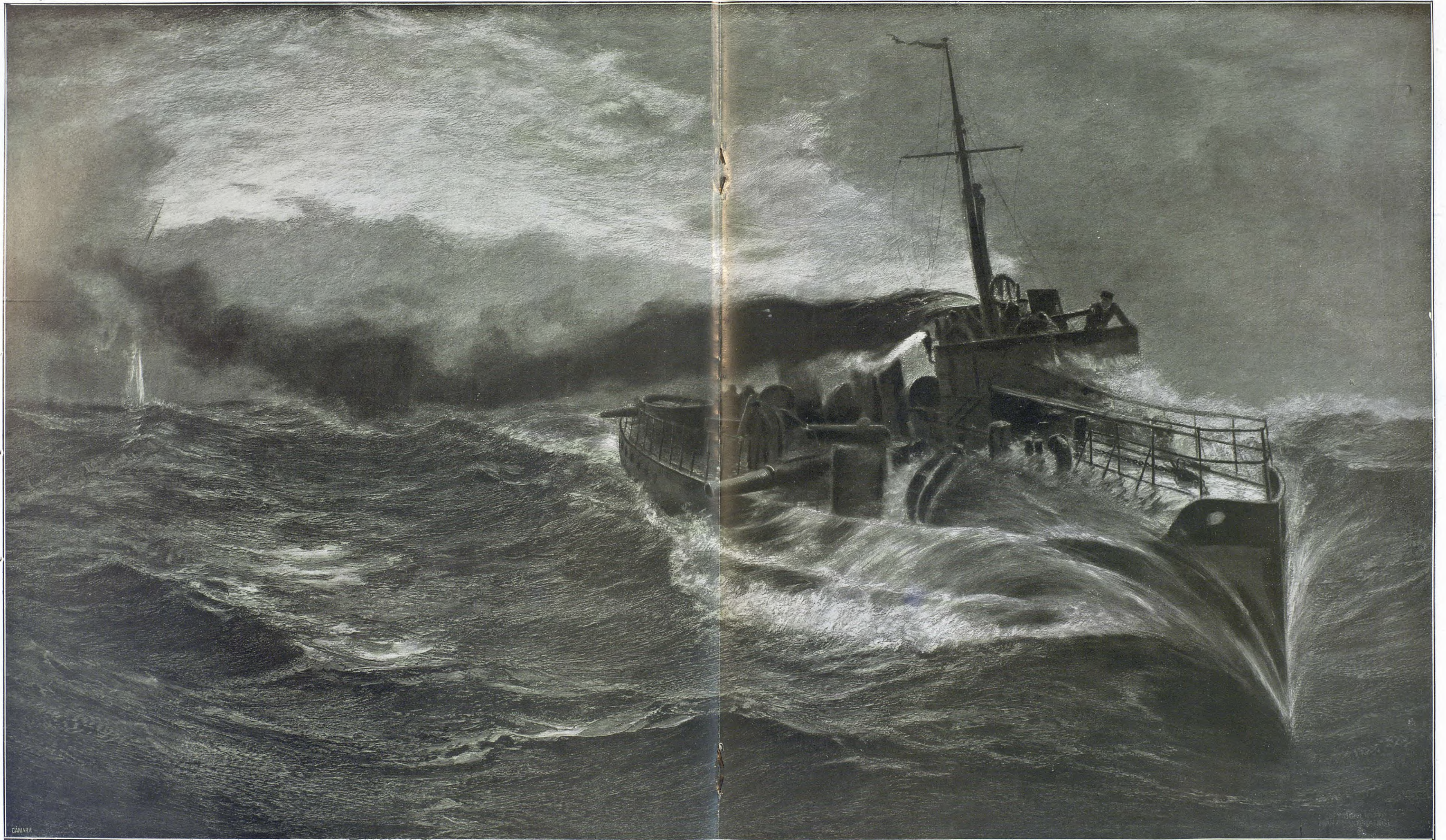


Retirada á retaguardia de los caballos de un regimiento inglés, durante una acción, cerca de Compiègne, mientras los jinetes, pie á tierra, contenían, apoyados por la artillería, el avance de las fuerzas alemanas



con las bombas. Dos de las ilustraciones de esta plana presentan el dramático episodio de ser descubierto un tren Lorry inglés por un Taube germánico, con la inmediata destrucción del mismo por los proyectiles arrojados desde el aeroplano.

La acción de la caballería inglesa, en la presente campaña del Marne, es elogiada con calor por los técnicos franceses. A ella le está encomendada en la actualidad la difícil y peligrosa misión de mantener el contacto con las grandes masas de caballería alemana que operan en el ala derecha del ejército germánico, desde el extremo de la línea atrincherada hasta el mar del Norte. Su movilidad extraordinaria y la resistencia física de sus jinetes, así como su perfecto entrenamiento marcial, pues está nutrida principalmente con hombres que han guerreado en las colonias, hacen de ese contingente uno de los más preciosos elementos de combate aportados por Inglaterra á la lucha. Nuestro dibujo reproduce el momento de ser retirados los caballos á retaguardia, en la batalla de Compiègne, una vez logrado el contacto entre las fuerzas exploradoras, que, pie á tierra, rompen el fuego.



UN "DESTROYER" ALEMÁN EVOLUCIONANDO EN EL MAR DEL NORTE EN TORNO DE UN BUQUE INGLÉS

Dibujo de Napier Henry

LA MÚSICA EN LA GUERRA




"It's a long way---- to Tip-per-ar-y, ---"

SOLDADOS INGLESES DEL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO CANTANDO EL HIMNO DE GUERRA

El himno ha sido compuesto por Jack Judge y Harry Williams. Aunque la letra nada tiene que inspire sentimientos belicosos, lo ha adoptado rápidamente el soldado británico, y, unido a "La Marsellesa", resuena frecuentemente en los campos de batalla

NOTAS MADRILEÑAS



EL AMOR, REMA

Por la pequeñez del recinto, la mansedumbre del oleaje y la proximidad, sin misterio, del horizonte, cualquier ciudadano podrá afirmar que las lanchas del Estanque del Retiro son pájaros presos en una jaula.

Cierto. Modosica función de alas ejercen los remos.

No alas de albatros, ni siquiera de golondrina con su vuelo sutil á ras de onda, sino de ánade, que se resignó á surcar el agua del Estanque—agua sin color ni turbulencia, ni espuma ni majestad.

Estas lanchas no engañan á nadie. Mas los que apetezen su consuelo son madrileños que no irán, probablemente, nunca á Suiza, y que, si vieron el mar, no han querido volver á él porque es «demasiado» grande, porque tiene olas de magnitud dramática y, bajo ellas, infinidad de algas y animaluchos extraños y voraces.

Encarna, todavía recuerda el Cantábrico, un atardecer cuando durante la pleamar se estrellaba espantable contra los enormes acantilados. No se le ha pasado el susto. Entraba en el mar, para bañarse, santiguándose y agarrada histéricamente á la maroma ó clavando las uñas en el lustroso traje de hule del bañero...

Carmen palidece evocando con su novio «aquel» cámbaro repugnante como una araña, que estuvo á punto de devorarle un pie.

—«Y además, hija, no creas que era de esos encarnados que se venden en la calle del Príncipe. A esos, todavía algunos prójimos les chupan las patas; pero, á mí, dame *diecito* de mo-jama...»

¿Y Antonia? Antonia jura, afligida, que no volverá al mar. Estuvo en Gijón con la maestra, hace años, y se mareó de un modo horrible. Además, los días que accedió á bañarse, tragó mucha agua saladísima, amarga: jella, que tiene que tomar la de Carabaña con chocolate!...

—«Mujer, quita. Me gusta más el Estanque del Retiro. Y eso que, no creas, también se mueve

del oleaje y la proximidad, sin misterio, del horizonte, cualquier ciudadano podrá afirmar

mucho la barca, y hay quien se ahoga. Gracias á que Eugenio rema como los ángeles. Lo cual no quita para que le tire *cá pellizco*...»

ooo

Satisfechas, pues, estas simpáticas madrileñas con las lanchitas, la parva inquietud del agua y los peces de colores que bajo ella van y vienen, el Estanque tiene una clientela bonachona que no añora nunca la marejada, la resaca, el faro ó la brisa.

Claro que, á peseta la hora, no puede pedirse una tempestad con nubes sombrías y olor á iodo. Tampoco la Naturaleza favoreció al contratista de este deporte colocando una montaña frondosa de abetos donde se eleva un monumento lleno de tritones, sirenas y símbolos de bronce.

Pero lo importante es divagar con la novia: echar pan á los patos y á los peces; desarrollar el tórax; «fumarse» la clase de francés ó de aranceles; hipnotizar á la mujer y al chico, convidándoles á un paso en barca y luego á un vaso de horchata ó de Pilsen, para que por la noche el esposo, alegando que tiene que «alternar», se vaya á ver á la *Chelito*...

De manera que las lanchas no engañan á nadie, y hacen venturosos, por un rato, á muchos. Acogen, propicias, á la juventud. En ellas se sueña y se suda. Desarrollan los músculos y los romanticismos. Son las mejores aliadas de las «mañanitas del Retiro», con su inocente algarrabía del *viudo*, el *ratón* y el *gato*, las *calabazas*, el *marro*...

Estas embarcaciones, tan chiquitucas y sin velamen suelen llegar—y hasta, en ocasiones, de arribada forzosa—á la Vicaría. En esto sí que ni el Cantábrico ni el Mediterráneo pueden competir con el Estanque del Retiro. Cuando el amor va á bordo de una nave: ¿qué importa que la brisa no huela á salitre? Huele mejor: á azahar.

E. RAMÍREZ ANGEL



FOTS. SALAZAR



Cuentos Españoles



La mujer del capitán

Si, señor; en el banco del Oeste ha sido; en ese maldito banco que tanto buque y tanta gente se ha tragao ya.

—Por fortuna, según me han dicho, se han salvado todos los tripulantes.

—Pues, le han dicho á usted mal. Es decir, los tripulantes, desde el capitán hasta el grumete como quien dice, sí se han salvao.

—¿Traía pasajeros?

—Pasajeros, precisamente... Vamos, como pasajera venía la mujer del capitán.

—¿Y ha... desaparecido?

—Eso que usted dice. Pero ya aparecerá; ya la echará la mar cuando quiera.

Y el marinero que me daba estas noticias, dirigió una mirada como de interrogación estoica á las aguas que desde el muelle se extendían hasta confundirse con el cielo. Miré yo también.

Era una mañana radiante y apacible. La mar y el cielo parecían sonreírse, engalanados de azul. No era fácil evocar en aquellos momentos ideas de tragedia.

Pero el marinero me dijo:

—La noche ha sido muy dura, con mucha bruma y mucha mar.

Por la tarde tuve ocasión de ver al capitán del buque naufrago. El infeliz estaba solícitamente atendido en la ayudantía de Marina. Me impresionó hondamente. A cuantas palabras de consuelo ó de ánimo se le dirigían, contestaba invariablemente, con acento sombrío y la mirada vaga.

—Gracias, gracias. Todo es inútil. Yo la he matado. Yo soy el culpable de su muerte.

Y se le oía murmurar: «Pero, ¿cómo me he salvado yo? ¿Por qué me he salvado yo?»

Uno de sus oficiales me confidenció:

—Temo que le cueste la vida á mi pobre capitán. He navegado mucho tiempo con él y sé que era excepcional el cariño que profesaba á su mujer. —Y tras una pausa, añadió:—También ella parecía quererle mucho.

Luego, satisfaciendo mi interés, me dió estos detalles:

—Sobre su desgracia, ya ha oído usted que tiene la obsesión de creerse el culpable, y es porque, según parece, había expresado diferentes veces á su mujer el deseo de que le acompañara en uno de sus viajes. Ella, que por lo que creo no se mostraba propicia, accedió al fin á acompañarle en éste. Ya ve usted qué fatalidad... Yo estaba en el puente con el capitán cuando embarrancamos. En seguida se comprendió que estábamos perdidos, y entonces él, que siempre

ha sido un marino bravo, sereno y cumplidor de su deber como el que más, se tiró del puente y echó a correr por la cubierta gritando: «¡Rosario, Rosario!» que así se llamaba ella. Un marinero dice que la oyó llamar y golpear en la puerta de su cámara, como si estuviese cerrada. Al quedarme solo, empecé a dar órdenes, pero ya era inútil todo; y gracias a los valientes de este puerto, como usted sabrá, nos pudimos salvar... Al capitán lo encontraron flotando, sin sentido. A ella no se la pudo encontrar... No, señor; a bordo no está; por la mañana ha ido gente al buque para recoger lo que se pueda y se ha registrado bien... ¡Ah! ya sabe usted lo que es la fuerza de la mar, y lo que son sus... caprichos. Quizá la infeliz iría durmiendo y ni se despertó siquiera...

ooo

No era el primero de mis nocturnos paseos marítimos, tan llenos de encantos para mí, pero

sus barandas, de reluciente caoba, su alfombra roja con listones dorados y dos macetas, a derecha e izquierda del arranque, indicaban que conducía a una cámara principal, a la del capitán probablemente. Bajé, no sin hacer la observación de que por allí no se percibían estragos ni deterioros siquiera de las aguas, pero, al dejar el último escalón, chapotearon mis pies. Los rayos de la luna, vacilantes en la camareta de arriba y quebrados en la escalera, habían dejado de alumbrarme; pero avancé guiado por una vaga claridad. El agua me llegaba ya a los tobillos y la sentía rumorear en ellos con un ligero movimiento de vaivén. A los pocos pasos, ví bastante bien; dos amplias portillas dejaban penetrar una luz lechosa. Pero más que la vista, se aguzó mi olfato. Sobre el olor a humedad dominaba una mezcla de aromas penetrantes: olíase a violeta, a heliotropo, a gardenia, a jazmín y a más esencias. Era como si se hubiesen derramado de repente los variados frascos de un to-

por los poderosos brazos de la mar, la desventurada Rosario cuya figura, aunque me era desconocida, se me antojó ver un instante dibujada, por un rayo de luna, en el espejo roto.

Al ir a abandonar el lugar trágico, percibí un nuevo objeto que derivaba hacia mis pies flotante; me apresuré a recogerlo: era un papelito en varios dobleces. Quizá fuera un recuerdo precioso para el desdichado capitán. Lo guardé, pero mientras que bogaba de vuelta al puerto no pude resistir al imperioso deseo de desdoblarlo. Había letras, algo borrosas algunas por la acción del agua, pero, a la luz del farolillo de mi bote, pude leer lo que sigue:

«Adorado Jaime: Estamos llegando a una nueva escala y aprovecho, como otras veces, estos momentos, en que él no baja hasta estar en el puerto, para escribirte. Y mañana desembarcaré y echaré esta carta como las anteriores, que supongo en tus queridas manos.

»¡Cerca de un mes que no te veo! ¡Y todavía



el de aquella noche—la siguiente a la relatada—obedecía a estímulos de una curiosidad piadosa, si así puede decirse.

Como de costumbre, embarqué solo en mi bote; largué la vela que oreaba una brisa de fiebra, tibia y perfumada, que mezclaba sus aromas campestres con las salobres emanaciones de las aguas. Y un triunfal plenilunio plateaba la costa, la mar y el cielo.

Al doblar la punta noroeste de la bahía, divisé, cercano, el buque muerto: hundido de popa, sobre la que borbotaban espumas fosforescentes, emergía la proa, con la quilla al aire, apuntalada y horadada al mismo tiempo por un peñasco agudo, y los mástiles, en su inclinación brusca, parecían dos brazos desesperanzados en su alzamiento al cielo; la chimenea, caída, asomaba por una borda como garganta cortada, pendiente sobre el tajo.

Abordé, amarré el bote y me encaramé a la cubierta en resbaladizo declive. Hacia popa, orillada por las espumas borbotantes, se alzaba una camareta, especie de vestíbulo, desde cuyo centro descendía una escalera de pocos peldaños:

cador femenino. Y sin duda, así era en efecto. Ví por el suelo, bajo el agua que entraba y salía, no sé por dónde, en diminutas ondas, pedacitos de cristales polícromos y, al dar un paso, hice rodar un tapón esmerilado de doradas vetas. Ví luego, pendiente de una pared barnizada con matiz azulado, un amplio espejo con la luna cruelmente maltratada, único mueble como inservible, dejado allí por los salvadores, pero al que daba aún vida un lazo coquetón, insinuante, en un ángulo del marco. Y ví, al pie del espejo, unas tenacillas, esas buenas amigas de las cabezas femeninas; estaban muy abiertas, bajo el agua, bien frías ya. ¡Ah! aquellas tenacillas y el lazo del espejo roto me emocionaron trágicamente. ¡Qué elocuentes eran! Me hallaba, sin duda, en la cámara predilecta de la mujer del capitán, de la infeliz Rosario, cuyo nombre gritado por aquel taviería más resonancia en el espacio, en el momento de la catástrofe, que el rugido del oleaje o el siniestro crujir del buque aprisionado por las rocas triturantes. Allí, en aquel recinto, las diminutas ondas de ahora, serían entonces monstruosas oleadas. De allí tal vez fué arrancada,

falta más aún para estrecharle en mis brazos! ¡Maldito viaje! Pero tú mismo reconociste que tenía que acceder alguna vez a los empeños de él. Te prometo, Jaime mío, que cuando vuelva...

No seguía el escrito, interrumpido en un brusco rasgo. Semejante revelación me produjo una sensación aguda de sorpresa ingrata.

Cuando atraqué a muelle oí rumores y ví gente agolpada ante la caseta de sanidad.

Hace cosa de una hora que ha aparecido en la playa el cuerpo de la mujer del capitán—se apresuré a decirme alguien, que añadió oficioso: —Aunque está bastante desfigurada, se ve que era muy hermosa. ¡Pobre señora! El pobre capitán figúrese usted cómo está, pero parece más tranquilo; por lo menos ya ha podido llorar como un niño y...

Me alejé sin decir nada, sin querer oír más, y en cuanto estuve a solas, quemé y aventé las cenizas del papelillo náufrago.

Luis DE TERÁN

DIBUJOS DE MANCHÓN

LA VIDA ARTÍSTICA

LA PINTURA AL AIRE LIBRE Y EL PAISAJE



PRIMERO en las mañanas floridas, perfumadas, del Mayo galán; ahora en estas otras, doradas y serenas, de otoño, hemos visto el mismo grato espectáculo.

Un grupo de muchachos pintando al aire libre, alternando pinceladas con risas y chanzonetas, distraendo las miradas del trozo de paisaje elegido, para contemplar la gracia juvenil de una mocita pinturera, el empaque gentilmente aristocrático de unas muchachas, seguidas de la trotona extranjera ó, más inocentemente, la maravilla rubia, blanca y menuda, de unos niños.

Porque no siempre los profesores ó miembros de Tribunal que eligen los sitios donde deban pintar los discípulos u opositores, señalan sitios apartados y solitarios. En Mayo, para los ejercicios de fin de curso de la Escuela de San Fernando, los alumnos hubieron de pintar una de las puertas del Botánico, en vez de interpretar el alma melancólica y sugeridora de los jardines interiores. Ahora, para las oposiciones de pensionado de paisaje del Círculo de Bellas Artes, ha elegido el Tribunal la entrada del paseo de coches del Retiro.

Esto no resta entusiasmo á los pintores, ni gracia juvenil al espectáculo. Metidos dentro de sus blusas de taller, indiferentes á lo que le rodea—siempre que no sea, como he dicho antes, el paso de muchachas gentiles—pintar en una alegre camaradería, alejando la idea de que luchan unos contra otros y de que sólo uno de ellos será el triunfador.

Esta alegría, este íntimo regocijo de la vida y del arte les envuelve como la luz del sol y el perfume de las flores próximas.

Es un gozo pintar fuera de los estudios donde el aire está enrarecido por el humo de las pipas y el calor de las estufas, donde todo, en la pobreza de los muros, casi desnudos, y en los balbuceos, imprecisos, de los bocetos, habla de la amargura cotidiana y de los esfuerzos terribles que, á esa edad, parecen impotentes y estériles.

A pesar de que la pintura al aire libre representa en cierto modo una conquista moderna, esta



"Jardín señorial, de Palma de Mallorca", cuadro de Rusiñol

tristeza de la moderna pintura española acaso proceda de que se pintan demasiados interiores y de que se tiene miedo al sol. Recordad cómo el sorollismo deslumbró las retinas acostumbradas á la pintura histórica de los contemporáneos del maestro valenciano. Como unos balcones de viejo palacio, abiertos bruscamente en plena mañana estival á la luz y al aire. Entró el sol desafiando los oros mortecinos de cornucopias, marcos, bargueños, consolas y mesas de centro; se rompió en bellas irisaciones y zisagueos luminosos contra los espejos y las



armaduras; sonrió en los rostros de damas y caballeros de otros siglos, inmóviles desde los viejos lienzos, y por unos momentos jugó á cambiar en palpitantes realidades las escenas mitológicas, venatorias ó galantes, y los fondos de estas escenas, en los tapices semiborrados por la penumbra habitual.

Si antes el arte recitaba estrofas de romancero, ó tenía impasible sequedad de capítulo histórico, desde entonces, por obra y gracia de este mago de sol y del aire libre, que se llama Joaquín Sorolla, fué una copla, un grito, la polifónica voz de los mares, de los bosques, ó el silencio ancho, como congestionado, de un campo. Así como debemos desconfiar de los hombres taciturnos, de los espíritus sombríos, de esa gente que pasa por la vida de puntillas, hablan con sordina y desvían la mirada temerosos de que hallemos en sus pupilas la contradicción de sus palabras, debemos desconfiar del artista que tiene miedo al aire libre y que es incapaz de resolver problemas de color, fuera de las luces conocidas é invariables de su estudio.

Pero no eran solamente estas consideraciones las que nos sugirió el grato espectáculo de unos cuantos muchachos pintando al aire libre de las mañanas floridas, perfumadas, del Mayo galán, y de las otras doradas, serenas, de otoño. Como una consecuencia de la pintura al aire libre surgía ante nosotros el arte del paisaje que, en España, por una ilógica é inexplicable contradicción, tiene pocos cultivadores.

ooo

Acaso los dos aspectos fundamentales de la pintura sean el paisaje y el retrato. Sin amar ambos, sin dedicar á ellos toda la sensibilidad y toda la técnica, no podrá considerarse artista completo un pintor. El alma de la naturaleza y el alma del hombre aguardan siempre la mano que las descubre relacionando los tonos, armonizando las aparentes inarmonías, desentrañando matices ó líneas.

Sin embargo, ya hemos dicho que en España no abundan los paisajistas. Bastaría entrar al Museo de Arte Moderno, donde



Opositores á la plaza de pensionado de paisaje del Círculo de Bellas Artes pintando en el Retiro

tiene una sala entera un pintor que no era español: Carlos Haës.

Actualmente los dos paisajistas más admirables de la pintura española son Antonio Muñoz Degraín y Santiago Rusiñol.

Si yo hubiera de aconsejar á estos mozos que ahora empiezan el rumbo de su vida y de su arte, intentando sorprender el espíritu de la naturaleza á través de los paisajes, les diría que contemplaran las obras melancólicas de Rusiñol y las obras nerviosas, enérgicas, de ese glorioso viejo que pintó *Los amantes de Teruel* y el *Chubasco en Granada*.

¿Cómo interpretan el paisaje estos dos maestros?

Veámoslo rápidamente:

Muñoz Degraín ama el paisaje con absoluta esclavitud de apasionado; de un modo exactamente adaptable á las distintas almas que los paisajes tienen. Así, su pincel es sereno y atormentado, plácido ó impetuoso; tiene obras en las cuales el color grita, y lienzos donde es un *lied* dulcísimo; valoraciones y relaciones agrias, ásperas, incasables, de un primitivismo casi feroz, de tan ingenuamente como están resueltas, y sabias armonías que funden, nieblan, los matices como un perfume formado de cien matices distintos, pero unidos en el misterio del alambique. Por eso, por esta adaptación técnica á las emociones visuales y sentimentales que le sugerían los más opuestos motivos de inspiración, Muñoz Degraín da siempre una nota justa y decisiva del paisaje que pinta. Claro es que su temperamento no deja nunca, tampoco, de asomarse, imponiendo la romántica fe de su credo idealista. Entre la bravura de *La sierra de los Gaitanes*, con sus montañas ingentes que acuchillan el cielo, y la *Fiesta nupcial en Venecia*, hay el mismo nexo de unión que entre el *Chubasco en Granada* y el reciente *Cementerio en Constantinopla*. Y, sin embargo, no puede existir más diferencia en todo, en el modo de ver y de transmitir la emoción representativa de los lugares. Aquejado de ese amor á los horizontes que tan conveniente es á las re-

novaciones estéticas, Muñoz Degraín ha sido un trotamundos. Las serranías de Córdoba y de Málaga, los canales venecianos, el Guadarrama austero, Granada la bella, Escocia la romántica, y, por último, el Oriente maravilloso, ha quedado en sus lienzos con toda integridad.

La visión colorista de Rusiñol es de una sen-

de un paisaje. Alguien ha dicho que el color «grita» en Rusiñol. Nada menos exacto. Aun en los lienzos á pleno sol, incluso en la lujuria mora de los jardines andaluces, ó en esas bruscas claridades mediterráneas de la costa catalana, el color de este pintor no «grita» nunca. Su característica es la languidez, la suavidad, la ternura. Podrá ser un color que *hable en voz baja*; pero nunca un color que *grite*. Precisamente es, como Maeterlinck, un enamorado del silencio. Ama los rincones plácidos, las umbrías melancólicas, los palacios abandonados y esas perspectivas profundas, esas armonías cálidas, pero mudas, de las escalinatas, que rompen el verdor fastuoso ó los espacios amplios con avenidas simétricas, que parecen imaginadas por Le Notre y Mansard. Ama —y tal vez con el más apasionado amor— los bojés, los mirtos, los laureles rosa, agrupados en arquitecturas vegetales, donde lo mismo puede esconderse un dios helénico que la Titania de *A midsummernight's dream*.

Sin embargo, el silencio de los paisajes de Rusiñol no es un silencio absoluto sino humano. En estos jardines no cruje la arena bajo pies de hombre; no hay risas de mujer que asusien la movible parlería de los pájaros en las altas frondas de los árboles; ni siquiera un poeta dice versos ó un místico reza oraciones. En los parques solitarios, en las glorietas abandonadas, en las desiertas terrazas, escalinatas y avenidas, ó verdes laberintos, sólo se oye el rumor de las hojas secas, el cabeceo de los árboles ó el arrullo de las palomas...

ooo

Entre estos pintores que interpretando uno de los aspectos más vulgares y de menor inspiración estética de todo el Retiro, aspiraban á la plaza de pensionado del Círculo de Bellas Artes, había dos cuyos cuadros sobresalían y destacaban admirables sobre los de sus compañeros: José Robledano y Aurelio García. Y tanto en uno como en otro, no nos hubiera sido difícil encontrar las huellas de los dos maestros cuyo arte he intentado describir.

SILVIO LAGO



“Los colosos del bosque en la sierra de Guadarrama”, cuadro de Muñoz Degraín

cillez absoluta y refinada. Armoniza los tonos más opuestos sin acritud y consigue gradaciones, medios tonos, matices inesperados de un mismo color, que desconciertan por la seguridad de paleta con que están resueltos. Sus verdes, por ejemplo, están valorados con tal riqueza, que no hay dos semejantes en un mismo lienzo. Su justificación de la hora es siempre exacta. Besnard no vacilaría en clasificarle dentro del más puro luminismo. Es sorprendente cómo este pintor interpreta el sol dorado de los crepúsculos; cómo acierta con el aire impalpable, y cómo sabe comunicar, casi esquemáticamente, el sentimiento desolado ó voluptuoso, suave y áspero,



Alumnos de la Escuela de San Fernando, durante los ejercicios de paisaje en el Jardín Botánico

FOTS. SALAZAR

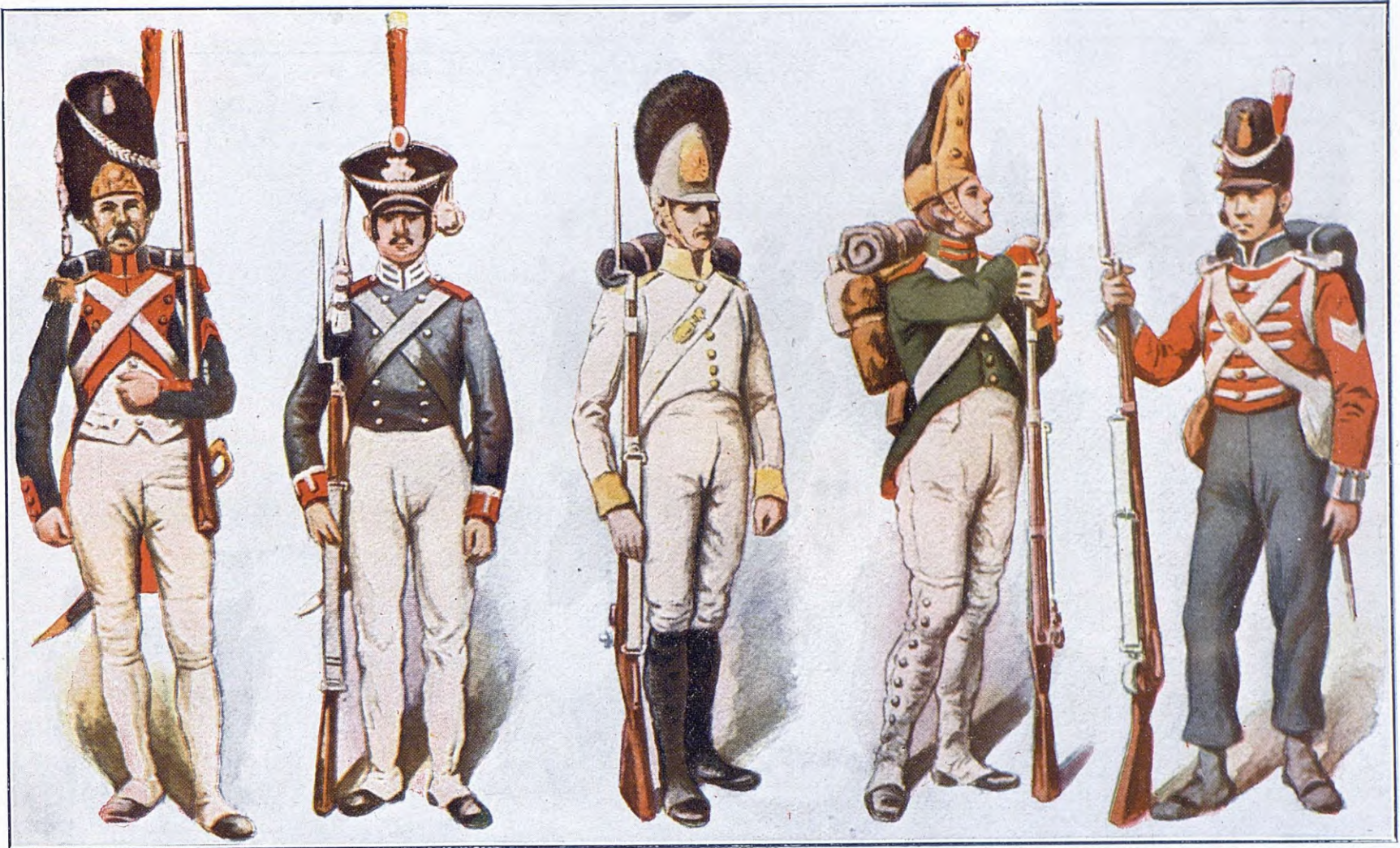
LA ESFERA
BELLEZAS DEL GRAN MUNDO



SRTA. JULIA DE CÁRCER DISDIER

FOT. KAULAK

Julita de Cárcer es malagueña y de distinguidísima familia. Por su gracia incomparable, por su belleza y sugestión personal, brilla con luz propia en las fiestas aristocráticas, formando parte de las familias más distinguidas del gran mundo. En la aristocracia de la hermosura destaca su gentil persona con todos los esplendores de una belleza próspera



FRANCIA

PRUSIA

AUSTRIA

RUSIA

INGLATERRA

LOS UNIFORMES DE LAS POTENCIAS BELIGERANTES EN 1814 Y EN LA ACTUALIDAD

Los uniformes de los diversos ejércitos mundiales, sufren con frecuencia variaciones que aumentan su vistosidad policroma, en armonía con los gustos imperantes ó que los hagan más prácticos para la lucha en campo abierto.

Estos mismos ejércitos que han asolado el centro y el oriente de Europa, combatieron

hace un siglo en los mismos teatros de operaciones actuales, al lado de su gran capitán; los galos en sí contra todos los demás. Caracterizaban aquellos uniformes vistosos, entallados, levitas de vivos colores, ajustados calzones blancos, polainas ceñidas y grandes kalpass ó morriones enormes con gigantescos pompones coloreados.



FRANCIA

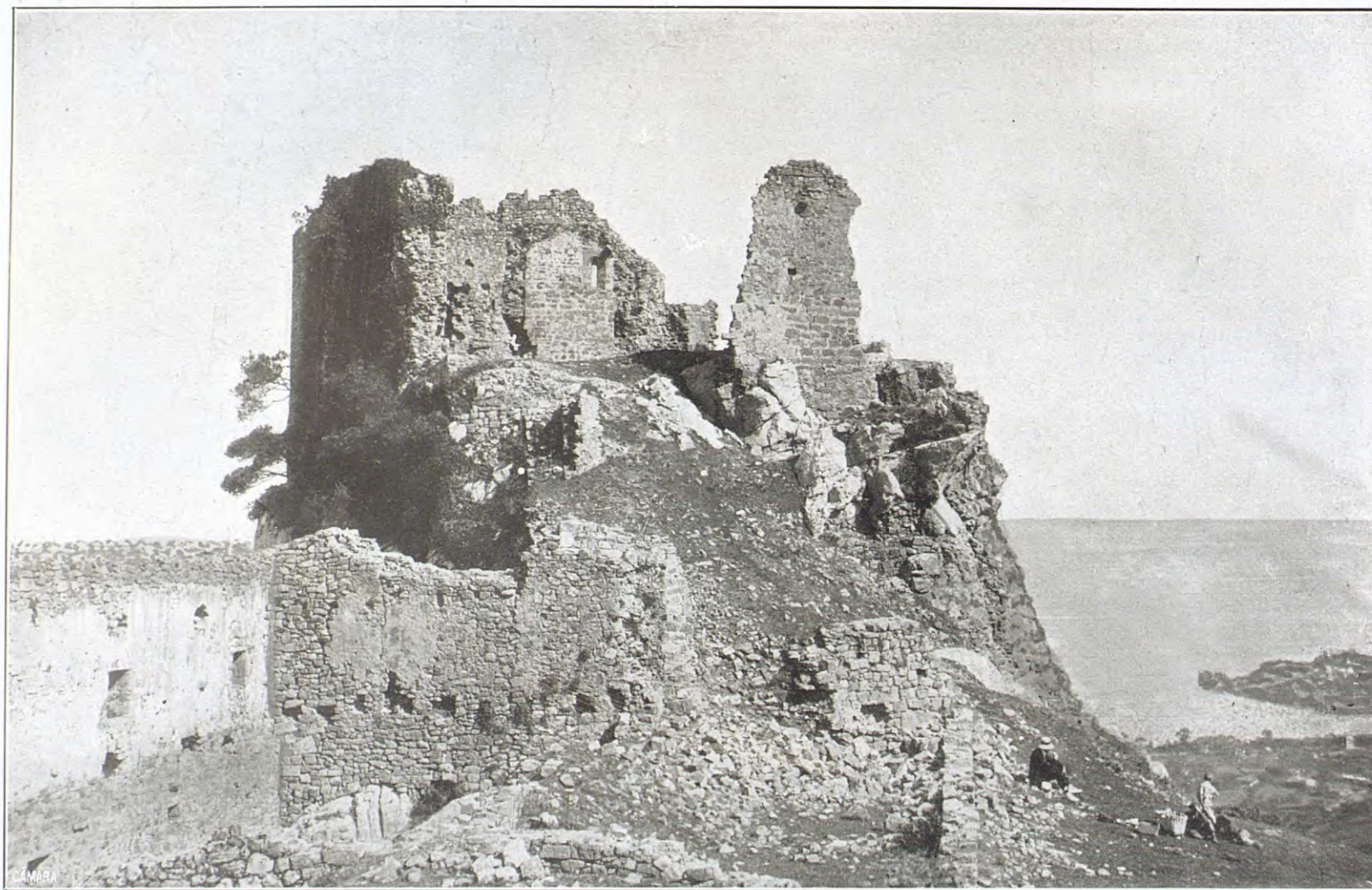
ALEMANIA

AUSTRIA

RUSIA

INGLATERRA

DE LA TIERRA CANTÁBRICA LAS TORRES LEGENDARIAS

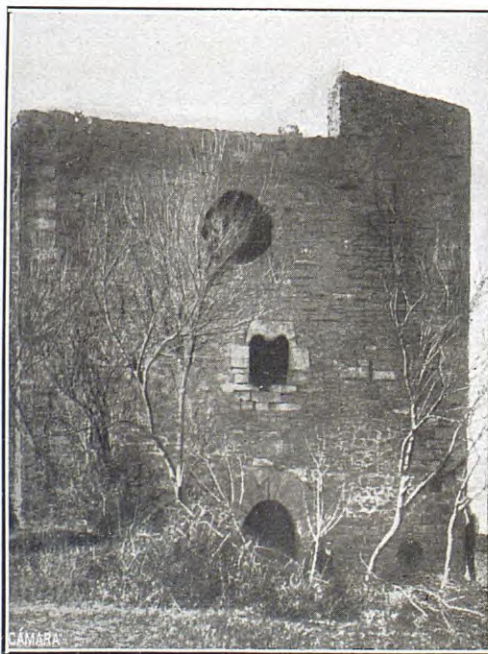


La legendaria Torre de Treceño, en Cantabria

PEREGRINA tierra de Cantabria, la de valles hondos y rumorosos, la de montañas altas y bravías, la de campos silenciosos y austeros, poblados de villas blasonadas, de ensueño y de arte, cuyas calles misteriosas, como dormidas en el tiempo, son un remanso de la eternidad! Tierra noble y heroica, de leyenda y de tradición, conserva el cuño del pasado en los góticos ventanales de sus monasterios, en los claustros vacíos de sus colegiadas y en las águilas, sierpes y penachos de sus escudos, orgullo de una raza de caballeros y poetas que hoy pasean sus nombres por las páginas de la leyenda y de la historia, como antes pasearon por todo el mundo sus tizonas y sus chambergos. Al blanco hechizo de la luna, aún vive en estos pueblos un mundo prodigioso y fantástico. Levantándose de su sepulcro de piedra, el fantasma de los siglos muertos se anima con vida extraordinaria y pone ante los ojos, como una procesión de ultratumba, monjes de luenga y amplia túnica, guerreros de bruñidos arneses y abadesas de morado sayal. Y en los claustros desiertos, alfombrados de yerba, y en las estrechas calles, junto a una ventana florecida, revive la mística evocación de un fraile penitente o el recuerdo de una aventura caballerescas con galanes enamorados que dicen madrigales a una hermosa.

En costas y montañas, desde las playas de Urdiales—donde los Templarios alzaron su guerrero pendón partido de blanco y negro—hasta los riscos de Liébana—donde ocultó su vida de oración y piedad un santo legendario—se alzan como atalayas, silenciosas y adustas, torres de gallarda y romancesca fisonomía. Vigilando la corriente de un río, se mira en su cauce como en un espejo, el misterioso torreón de Treto; al lado del camino, paso de traganantes afanosos, eleva sus muros la torre de Castillo, en tierras de Trasmira; la que besa con sus espumas el mar

de Suances, pudo inspirar al poeta el duelo de don Juan de Tabares; la que se esconde entre las peñas de Mogrovejo, fué sin duda abrigo y defensa de luchadores en lejanos días de reconquista. Y aquella que se derrumba ruinosa y trágica en Proaño, dominando en su agonía el valle de Campóo, asiló a un erudito hidalgo, magnánimo, artista y justiciero, que fué el último señor de Cantabria.



Puerta de la Torre de Treceño

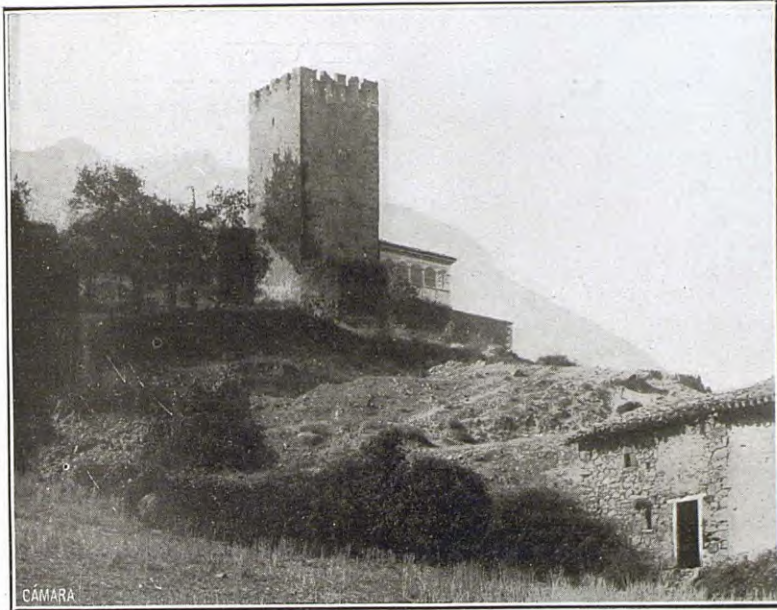
Las yedras hablan de la antigüedad de estos muros, en cuyas piedras venerables ha esculpido la Musa popular romances de amor y galanías y leyendas de feudalismo y de pasión. En ventas y mesones del camino las dicen viejos supersticiosos y mozas casaderas, cuando brindan el encanto de una misteriosa parleta. Yo aprendí de labios de una rapaza la historia de una torre, cuyas rotas almenas se envuelven en el tupido encaje de una trepadora desparramada por la pared como un penacho...

HISTORIA DE UNA TORRE

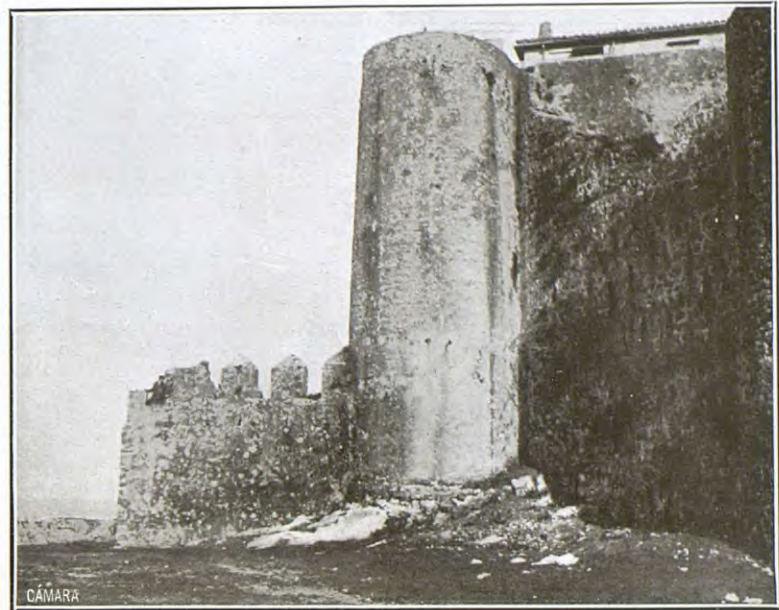
Se alza la torre de Treceño a la vera del camino real, mudo testigo de la vida aldeana que a su pie se desliza como un río de plácida corriente. Su vetusto almenaje, guarnecido de yedras, sobre cuyo bordado lucen como en un campo nobiliario los corimbos de luto, va derrumbándose piedra a piedra. Parece que la lenta caída de sus sillares es el llanto que vierten sus ojivas por la muerte de un poderío que lo fué todo y ya no es nada.

Estos muros sagrados por su ancianidad, no hallaron manos que cuidaran de tenerlos en pie, conservándolos como una reliquia. En ellos pudo vivir algún noble varón de la casta de don Fernando Villalar y don Juan Manuel de Ceballos, hombres de recia estirpe que la fantasía de un poeta puede vestir con la ropilla de los antiguos caballeros castellanos. Mas nadie vive en ellos; y rotos y abandonados, se van hundiendo lentamente, mientras sirven de asilo a pastores errantes y a mendigos hampones y los pájaros de la noche anidan en los cincelados penachos de sus escudos de armas.

Vivió en la torre un hombre, de cuya vida no se guarda memoria, ni se sabe si por acaso fué señor de estado o caudillo aventurero. Era un hombre de hierro, siempre dado a mandar y ser



Torre de Mogrovejo



Castillo de los Templarios

obedecido, mas no obligado á obedecer y rendirse, lo mismo en funciones de guerra y en lances de caza, que en negocios de amor y galanfa, para los cuales son las palabras armas más poderosas que la misma fuerza. Ambicioso y cruel, dice un cronista, que no usaba dejar largo término entre poner los ojos y poner la mano en la prenda codiciada, fuese mujer, joya, heredad ó almena enemiga.

Puso el señor los ojos en una zagala del lugar, hermosa y casta, una flor montesina que oreaba el aire serrano. Perseguida en la iglesia, en el campo y en la fuente, con cínica tenacidad, deslizándole al paso livianas palabras, más de deseo que de amor y gozándose en el tormento de sus caricias. Hasta que un día, probó su astucia esperando en el camino, como un ladrón, y sin vencer desvíos ni esquivaces, triunfó de la zagala cuando las sombras de la noche envolvían la tierra y la luna navegaba por el bruñido azul del cielo como en un lago.

Bañando las raíces de un florido zarzal, vertióse el agua del cántaro de barro que cargaba la moza. Y roto el cántaro en mil pedazos, brillaba el suelo como si hubiera caído sobre él una lluvia de piedras preciosas. La luna fué el único testigo que vió el llanto en el rostro de la moza cautiva. ¡La luna que besaba las flores del zarzal haciéndolas resplandecer como si fueran de nieve!

Era la hora en que la zagala esperaba á su galán rondador, para brindarle con un sorbo del agua transparente, el raudal de promesas que brotaban sus labios. Cuando llegó el mancebo, ilusionado por el hechizo de aquellas horas, otras veces suaves y amorosas como las de una noche nupcial, halló el cántaro roto y el agua desparrramada por el suelo, regando las raíces de la tupida y espinosa madeja, donde brillaban como flores níveas las zarzamoras. Y ante sus ojos, aparecióse la trágica visión de sus amores escarnecidos.

Herido en lo más íntimo de su alma, ya no vió el burlado galán sino imágenes de dolor y vergüenza. Bajó al suelo los ojos y vió el agua formando un enorme charco de sangre; los elevó al vacío, y era la luna como un inmenso rubí perdido en el espacio; miró el zarzal y las flores brillaban encendidas y rojas como amapolas diminutas. Una copla, cantada á lo lejos, le habló de celos y de odios, y el aire que era tibio y oloroso, tuvo ráfagas violentas y cálidas y le envolvió, como entre llamas, en un vaho sangriento. Toda la noche corrió al través de los campos dormidos, bajo la luna encendida como un rubí y llevando ante los ojos un zarzal que brotaba flores rojas, muy rojas, como pequeñas amapolas silvestres.

Vagaba el mozo por las calles del lugar, como un fantasma.

Desgreñado el cabello, la mirada colérica, cerrados los puños en feroz amenaza, andaba, andaba sin cesar, como si estuviera condenado á recorrer un camino sin fin. Llevaba las ropas desgarradas y los pies descalzos, y el aire y el sol le cuñaban las carnes, que tenían el color del bronce. En la calma de la noche, bajo la luna, pululaba como el viento y las brujas.

Los rapaces le perseguían sin piedad, apedreándole como á un perro, y las viejas atrancaban la puerta cuando oían el aullido del loco. Algunos viejos compasivos, ahuyentaban á los muchachos, defendiéndole de sus burlas y de sus golpes, y alguna vez las mozas le refrescaban los labios febriles, haciéndole merced del agua recién traída del manantial. Bebía el mozo con placer, como si sintiera apagársele un incendio que le ardía en las entrañas; pero, de pronto, huía campos adelante, trémulo de cólera, golpeándose el pecho como si quisiera romperlo, y gritando con voz que parecía un alarido:

—Es sangre... ¡Sangre!

Y entonces, los niños se dormían con la amenaza de que el loco rondaba la calle y las mozas, junto al hogar, hilaban el romance de un galán que se abrió el pecho hasta arrancarse el corazón, por el honor de una zagala.

Un día la gente del lugar hizo fiesta celebrando las glorias de un santo milagrero. Iban camino de la Iglesia los hombres, abandonadas sus faenas campesinas, y las mujeres se adornaban con basquiñas coloreadas, relucientes hebillas y primorosos mantelos labrados. Llegaron en son de romería músicos y mendigos, con sus vihuelas y cayados, entonando romances y epigramas, demandando mercedes ó salmodiando padrenuestros. El sol triunfaba en el cielo, de un azul bruñido, y en el aire reían las campanas cantarinas y alegres.

Viniendo de la fuente, con el cántaro bien colmado, una zagala ofreció al loco la merced de agua que aún tenía la frescura del manantial. Bebió el galán errante con avidez, mientras la moza le compadecía, nueva Samaritana de los campos. Luego alzó la desmelenada cabeza, se llevó al corazón las manos, golpeándose con furia, y gritó en un alarido siniestro, como otras veces:

—Es sangre... ¡Sangre!

Y echó á correr hacia la torre, cuyas almenas se perfilaban en la diafanidad del aire, fuertes y torvas como su señor.

ooo

De bruces, sobre el alféizar de una ventana, estaba el caballero, contemplando la risueña campiña ó meditando nuevas hazañas que acreditaran su maldad. Vestido de gala militar, ceñía á la espalda un puñal de larga y ancha hoja y se tocaba con un rojo penacho que era como un blasón de su prosapia.

Llegó el loco á la torre; se entró por ella, sin que soldados ni servidores se curaran de su presencia y echó escalera arriba. Andaba cautelosamente, como un felino, posando sin ruido los pies descalzos.

Arqueando el cuerpo, como un tigre, contempló unos instantes al caballero, envolviéndole en una mirada de odio. Saltó sobre él, le agarró con una mano el robusto cuello, y desnudando con la otra el puñal se lo dejó hundido en la garganta. Se oyó un grito, luego un gemido, un estertor... Después, la carcajada del loco que llenaba los campos y se estrellaba contra la torre. Y en el alto ventanal, colgaba el cuerpo del señor, doblado trágicamente sobre el alféizar.

Los brazos, caídos hacia afuera, temblaban en la postrera convulsión. Del cuello salía á borbotones la sangre y corriendo por la pared, como el hilo de una cascada, goteaba pesadamente, jaspando el suelo.

ooo

Han pasado muchos años, muchas centurias.

El castillo se deshace en ruinas.

El trágico ventanal, desmoronado por el tiempo, se envuelve en el flotante pabellón que han tejido las trepadoras. Los pájaros nocturnos entran y salen como emisarios del dolor y el misterio, y en el interior de la torre suenan sus graznidos como gritos de muerte. Desde el alféizar hasta el suelo, á todo lo largo del muro, baja una mancha negra, rastro de la lluvia para el viajero y huella de la sangre del traidor para el vulgo, amigo de la leyenda. La hiedra ha tejido un verde penacho, que al decir de las gentes supersticiosas, recuerda la inocencia de una doncella sacrificada por la barbarie de un señor.



Torre de Cortiguera

FOTS. ARAENA

José MONTERO

GLOSARIO DE LA GUERRA

LOS CAÑONES

Ya ruedan, ya se fijan, ya truenan, y á lo lejos, como por funesto milagro, se destruye la casa que costó años edificar; la vida se desangra y todo es duelo y exterminio. Ni el monumento ilustre, reliquia del pasado; ni la industriosa colmena de hombres, engrandecida por tantos esfuerzos de ingenio y de perseverancia; ni siquiera la fábrica donde obreros inconscientes os fundieron, serán respetados por vosotros, cañones; todos sabíamos vuestro poder, y sin embargo la sorpresa nos sobrecoge cuando oímos vuestra voz que acalla las demás voces de la guerra y destruye en el brazo de Hércules la lanza que iba á guiar un corazón heroico. Sois los protagonistas de la tragedia; en la vida profunda de las cosas representais los bárbaros y, como ellos un día, taláis los bosques, abatís las ciudades, fatigais los caminos, hollais las cosechas. Detrás de vosotros queda la desolación, delante va la muerte; nuestra época que ha espiritualizado la materia, os infundió el alma infernal del es-rago. Vuestras voces parecen decir:

—¡Este año sólo va á segar una sola hoz... Aprisa, más aprisa, guadaña... Aunque no llueva, la tierra quedará bien regada... ¡Buena cosecha este año para los cuervos!

Y es inútil hablar, razonar; vuestras broncas voces apagan toda contradicción; es inútil haber proyectado durante mucho tiempo que al llegar este instante podríamos taparnos las orejas y seguir fieles á utópicos ensueños de paz: vuestro fragor traspasa los algodones, hiere los tímpanos, conturba el alma; y ante el mortífero vocerío de vuestras bocas, se exaspera el ánimo, se olvidan los propósitos de concordia, y hasta los más pacíficos sienten la necesidad de gritar también para ponerse á tono.

EL ALMA NEUTRAL

Un día aparece en la *Gaceta* oficial la declaración de que el país permanecerá neutral durante la contienda; y esto quiere decir que los cuerpos estarán inactivos mientras las almas toman partido por uno ú otro beligerante; porque ¿qué autoridad puede impedir esa necesidad de simpatía ó de desvío hacia dos poderes? Como la elasticidad ó la dilatación son leyes generales de los cuerpos, la pasión es ley general de las almas. Es inútil que la razón crea haberla dominado, que el cálculo suponga que pueda inmovilizarla bajo sus ligaduras: en los momentos supremos, la pasión se liberta y, como siempre, los que partieron hacia la conquista de la conciencia, por caminos opuestos, se encuentran sorprendidos en la misma encrucijada. Si el letrado dice: «La destrucción de tal país supone la inercia del progreso, el asesinato de los ideales democráticos», ó bien: «Deseo la victoria de esa otra nación como premio á su denuedo frío, á su voluntad sistemáticamente organizada de dominar», el ignorante arguye: «Yo quiero que ese país sucumba ó triunfe *por que sí*». A todos mueve más que la razón, una llama recóndita de almas; los sedimentos de raza, los fermentos de cualidades individuales, la cultura, no hacen más que dar fronda elocuente al tronco que estaba ya erguido y podía vivir sin ella; la razón casi sobra porque embrolla el impulso inicial. Y cuando se piensa en esa multitud de almas que, escapándose de los cuerpos neutrales, va como una flota de aeroplanos invisibles á llevar anhelos de victoria y de derrota sobre los campos, el recuerdo de la comprobada actividad anímica, capaz de engendrar no sólo oscilaciones en los espíritus sino fenómenos en la materia, trae la duda de si esas almas no tendrán una influencia real y oculta en los combates. Y al leer que un ejército ha desfallecido, que un general ha titubeado en el instante en que la resolución había de darle la victoria, el alma neutral se enorgullece porque con su voz sin sonido se dice á sí misma:

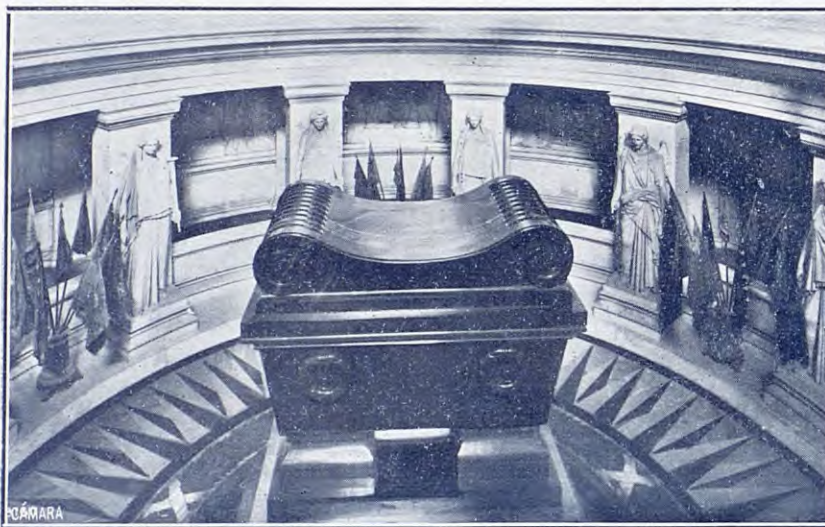
—¡Quién sabe si en ese instante fui yo quien,

desequilibrando el choque de las almas que batallaban sobre la batalla, he escrito un hecho trágico en la Historia!

CUANDO LOS CHICOS VUELVAN

En la mesa hay dos puestos vacíos y la comida es silenciosa. Mientras los padres y la hija comen, ¿pasarán hambre los que se fueron? Desde que ellos no están la inquietud ha matado la risa, y el bienestar logrado á costa de tantos años de trabajo lejos de la patria, es para los que han quedado un remordimiento: todas las noches, al acostarse sobre la limpia blandura de las camas, piensan en la tierra dura donde los dos cuerpos queridos estén á esas horas descansando... tal vez para siempre.

Los muchachos partieron al primer llamamiento de su consúl. ¿Hacia qué país? No importa; partieron hacia el sacrificio y la muerte, hacia la patria lejana y casi desconocida que hacía hervir el entusiasmo en sus corazones. Ya se han recibido noticias de los dos: están en la línea de fuego y uno de ellos ha sufrido una herida leve, un rasguño que no le impide seguir en su puesto. La última carta—¡de hace tantos días!—era casi



La tumba de Napoleón en los Inválidos, de París

alegre; sin duda ellos, enardecidos por la pólvora, por el deber y por el peligro están menos tristes que la casa que los vio crecer; por las tardes, á la hora solemne en que se va el sol y cae de los montes la noche, el temor tiende sus alas negras sobre la casa. Se anda en silencio, se sufre en silencio; todo proyecto se prolonga, todo se aplaza... «Cuando vengan los chicos se hará», dice la madre. ¡Quisieran paralizar los corazones hasta que los chicos regresasen! El automóvil se aburre en el «garage» aún cubierto de polvo de la última excursión que ellos hicieron; la jaca del mayor aguarda trémula en el establo y alza sus ojos interrogativos cuando alguien se acerca. Cada vez que llega el cartero hay en las manos que se tienden un deseo y un temor que hacen patético el ademán, y el mismo cartero entrega la carta temeroso, como si fuera en algo responsable de las noticias que la carta traiga... Las primeras ráfagas del otoño entran por la ventana del comedor y avivan la tristeza; la madre, sin poder fingir más, deja la cuchara al borde del plato; la hermana, con su exuberancia levantina y el optimismo de sus diez y nueve años, quiere adormecer con el proyecto de una fiesta el dolor de sus padres y dice:

—Cuando los chicos vuelvan...

En ese instante una puerta se bate, y con el menor ruido evoca en ellos el fragor de las batallas; la madre se alza con sobresalto; el padre la obliga á sentarse otra vez y la calma con palabras cordiales; en sus pestañas lucen lágrimas estranguladas por el deseo de parecer fuerte... Ha sido un momento inmenso, saturado de angustia, surcado por interrogaciones crueles: ¿Qué será de los dos que faltan? ¿Volverán? ¿Desde la última vez que escribieron, cuántas veces ha podido pasar la muerte rozándolos? ¿Aquella puerta que se ha batido, no es el eco

que da la casa familiar á otra detonación lejana y funesta? En ese momento infinito en que los ojos estáticos parecen contemplar las visiones interiores, la luz de la lámpara hace oscilar las tres siluetas sobre el mantel, y las lleva hacia los dos sitios vacíos. El silencio oprime. La hermana que sólo manifiesta por un parpadeo rápido su emoción, logra al cabo recobrar su serenidad y empieza otra vez:

—Cuando los chicos vuelvan...

¡Pero ya su voz no tiene el tono seguro que antes!

VISIÓN

Una mujer alucinada entra en «Los Inválidos». Ha tenido un sueño y al despertar las imágenes subsisten aún en su alma. Atraviesa el vasto patio de armas en torno al cual las ventanas son armaduras de piedra, se interna en una galería, pasa junto á un viejo mutilado que lleva orgulloosamente sobre el pecho una medalla, transpone una escalinata y, de súbito, se encuentra bajo las naves augustas en donde está la tumba del Emperador. Al fondo, velada por rejas, vislumbra la capilla ornada de banderas y estandartes hechos jirones; á ambos lados monumentos en mármol negro guardan los restos de los parientes y los mariscales del héroe y en el centro, bajo la balastrada circular de mármol, rodeada de ángeles y de victorias vigilantes, el túmulo de púrpura rojo... Allí está Napoleón; la mujer se acerca, abandona ansiosamente su busto sobre la balastrada, recoge su espíritu é invoca la visión que, en sueños, tuvo la noche antes. Un vasto silencio domina; cae la tarde y el Sol enciende tras de la rejilla la capilla, cual si todos los cirios se alumbraran para alargar sus llamas hasta el cielo é impetrar... El alma de la mujer es otra llama que se eleva, y su voz mientras su mirada está fija en el túmulo rojo, pide el milagro fervorosamente:

—¡Napoleón, levántate como te

he visto anoche, toma tu espada

y sálvanos!... Es la hora decisiva.

Francia te necesita, Francia

fué tu madre y necesita de su hijo:

¡levántate y sálvala!

De pronto—¿sueña aún?—los ángeles y las victorias se apartan de sus columnas, clavan en tierra las banderas, y acercándose á la tumba del héroe descubren con un esfuerzo unánime la urna. Poco á poco la imagen se anima: la cara redonda, arruga enérgica en la frente, el bicornio, el cuerpo fornido y pequeño envuelto en el abrigo legendario de «petit caporal»... ¡Es él, el invicto, el gran corso, el de Marengo y Austerlitz! Y la mujer, atónita, repite maquinalmente la mágica palabra:

—¡Sálvala, sálvala!

El héroe se incorpora, pone la diestra en la espada y pregunta:

—¿Dónde está el enemigo?

—En el Este.

—Bien... Que vengan los mariscales á tomar órdenes.

—¿Los mariscales?—repite la mujer...—Los generales están ya en la frontera. Hay un ejército en Verdun, otro en los Vosgos, otro... Los ingleses están en el Norte.

—¿Pero los han dejado desembarcar? Pronto, pronto; los empujaremos hasta el mar y los ahogaremos en él, que es su elemento. Nos pagarán Trafalgar al fin.

La mujer abre los ojos espantada y dice:

—No, óyeme... Te equivocas: los ingleses son hoy nuestros amigos, combaten junto á nuestro ejército.

El héroe vuelve tan rápidamente la cabeza para mirarla, que se siente crujir los huesos, é inseguro de haber oído bien interroga:

—¿Que son nuestros amigos?

—Sí.

Y sin contestarle, quita la mano de la espada, se acuesta de nuevo y grita á los ángeles y á las victorias:

—¡Tapadme otra vez!

A. HERNÁNDEZ CATÁ

GOYA Y LA GUERRA

LOS DESASTRES



Con razón ó sin ella

LOTHAIRE Brieger, en uno de los estudios más precisos y mejor enfocados acerca de D. Francisco de Goya (1), dice lo siguiente:

«Conforme envejece, en el alma cada vez más sombría de Goya, juegan un papel más importante los problemas humanos, sin que por esto su poderoso realismo sufra el menor ataque y sin que el extraño vigor de su naturaleza retroceda ni siquiera una pulgada de terreno. Esta particularidad se aprecia hasta un punto inconcebible en el tercero y último período de Goya, en el período monótono que caracteriza la labor de casi todos los grandes artistas en su vejez, aquel en que predominan el negro y el gris, y en el que tratan preferentemente los asuntos fatalistas, á los cuales concedieron hasta entonces poca importancia.»

(1) Colección de *L'Art et le beau*.



¡Y son fieras!

En este período de su vida concibe y realiza Goya *Los desastres y miserias de la guerra*, que tal vez sea lo más fundamental y admirable de su obra de grabador.

Cuando Goya comenzó, en 1810, la serie *Los Desastres*, tenía sesenta y cuatro años; diez años después, y ocho antes de su muerte—acaecida en 16 de Marzo de 1828,—daba por terminada esta serie con el aguafuerte que hacía el número 80.

Son estos admirables dibujos, donde el gran artista uniera la energía del aguafuerte con la suavidad del agua-tinta, con una maestría insuperable, la más enérgica, terrible, decisiva y vengadora diatriba contra la guerra.

Se han citado, á propósito de ella, las *Petites misères de la guerre*, de Jacobo Callot, y los fantásticos y quiméricos dibujos de Salvator Rosa. Ni uno ni otro pueden haber servido de inspiradores al más grande

de los artistas españoles. Están muy lejos las teatrales y un poco fanfarronas—aunque admirables creaciones de ambos—de esta dolorosa, torturada y trágica visión de Goya.

Comparados *Los Desastres*, incluso con *Los Caprichos* y *La Tauromaquia*, subsiste la supremacía en todos los aspectos.

Técnicamente, ideológicamente, socialmente, *Los Desastres* quedan muy por encima de las otras dos series de grabados anteriores. Tal vez los *Proverbios* sean los únicos que puedan parangonarse con ellos.

Los Caprichos pertenecen a la segunda época de grabador. La primera pertenece a las copias de Velázquez, cuando Goya tenía poco más de treinta años.

La perfección del procedimiento aparece en *Los Desastres* como en ninguna de las otras series. Se adivina en ellos que el gran artista empezaba a trabajar las planchas con el buril que producía el contorno, el relieve y el vigor; después extendía el agua-tinta sobre el conjunto marcando detalles, acusando efectos y cubriendo fondos. Pero lo que resalta sobre todo es la impaciencia, el ardor nervioso del artista que muchas veces daría al traste con la necesaria

lentitud de complicados procedimientos que emplean los grabadores para que las sustancias corrosivas penetren el cobre. Sin embargo, de aquí la originalidad, el portentoso claro-oscuro, y la enloquecedora y torturada visión de pesadilla que causan estas aguafuertes.

Si técnicamente son más perfectos *Los Desastres* que *Los Caprichos*, también, desde el punto de vista ideológico—en la amplitud social y generosa de sus propósitos, en esas cualidades

demons dividir la serie total en dos partes: los cuadros de costumbres y los asuntos fantásticos. Indudablemente en una y otra abundan los comentarios más o menos irónicos sobre sucesos y figuras contemporáneas del artista; pero esta limitación satírica o la demasiada vaguedad simbolista de los ensueños y desequilibrios donde intervienen brujas, diablos y monstruos de toda laya, quitan a *Los Caprichos* el carácter de universal eternidad que tienen *Los Desastres*.



¡Grande hazaña! ¡Con muertos!



Curarlos y á otra

que poseen las obras maestras para retar á los siglos—, debemos anteponer los grabados hechos en la vejez del gran artista, á los ejecutados en su edad madura. *Los Caprichos* tuvieron—la primera serie, sobre todo—un triunfo de escándalo. Los contemporáneos de Goya sólo vieron en aquellos dibujos alusiones más ó menos claras y agresivas á personas y episodios de la época. Primero en voz baja, y luego sin la menor reserva, se ponían nombres propios á las figuras de manolas, majos, petimetres y viejas, é incluso á los monos, machos cabríos y asnos que el maestro hacía intervenir como símbolos.

Bastante tiempo dejó pasar Goya entre estos primeros *Caprichos* y la publicación de los restantes. Po-



Las camas de la muerte

Los Desastres era la protesta de un gran espíritu español contra la barbarie francesa de 1808. ¿Fue esta únicamente la idea de Goya al dibujar tales horribles hermosuras o pensó de un modo más amplio y humano, prolongando su odio a los crímenes de la guerra, más allá de las fronteras españolas?

Indudablemente fue lo último. En otros artistas podemos hablar de instinto, de inconsciencia, de presentimientos casuales. En Goya no. Goya grabó *Los Desastres* con pleno conocimiento de que habría siempre, cuando en todos los siglos futuros guerreasen los pueblos, estos cuadros espantosos que huelen a sangre y a pólvora.

¿Acaso en esta guerra de ahora no es el hombre tan miserable, tan ruín, tan sanguinario como en las guerras anteriores? ¿Acaso la civilización ha servido de algo?

No. Se violan mujeres, se asesinan labriegos indefensos, se mutilan cadáveres, se rematan heridos, se incendian ciudades, se destruyen granjas aisladas en medio de un camino y donde se

han refugiado mujeres y niños; las gentes quedan sin hogar; los niños huérfanos; las ciudades arruinadas; arrasados los campos, y el hambre y la peste se une a los generales para empujar los ejércitos hacia la muerte...

Ved las seis aguafuertes que reproducen estas páginas. Imaginad ante ellas cuán maravillosas serán las setenta y cuatro restantes.

Pero, limitándonos a estas seis, veremos confirmado hasta qué punto no es una guerra determinada la que Goya quiso representar en *Los Desastres* con un noble propósito pacifista, sino la guerra, en toda la trágica desolación de esas dos palabras.

Con razón o sin ella, donde unos soldados acometen a unos campesinos ¿no recuerda la invasión de Bélgica?

¿No es el alma de las mujeres belgas defendiendo sus hogares y sus hijos la que está en esos

cuerpos de las madres españolas de *Y son fieras*? Y también son episodios de esta lucha europea—¿cómo suena a ironía el adjetivo!—el derrumbamiento de varias personas en una casa destruida por bombas y granadas, de *Estragos de la guerra*; el ensañamiento feroz de la estampa ¡*Grande hazaña!* ¡*Con muertos!* y la insensibilidad de los que procuran utilizar aún los heridos en la titulada *Curarlos y a otra*.

Finalmente, esa página inquietante de *Las camas de la muerte*, de tan grandioso simbolismo que no puede contemplarse sin sentir un calofrío de horror, es como el resumen de toda la obra magnífica de *Los Desastres*. A ese silencio absoluto, de muertos, por entre cuyos lechos pasa fantasmal, encapuchada e incorpórea la muerte, conducen los episodios reflejados en las otras estampas.

El silencio que invadirá a Europa cuando enmudezcan los cañones y las arengas bélicas y los exteiores de los que mueren...

José FRANCÉS



Un prisionero



Estragos de la guerra



Para el rescate



LA VILLA DE PARIS

CONFECCIONES

PARA SEÑORAS



Especialidad en capas y abrigos

67, Atocha, 67

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
ESTÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICAS
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

36, B.D DES ITALIENS

S.^T PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE

BODEGAS VICTORIA

Olózaga, 6

Teléfono 640

VINOS
DE
TODAS MARCAS

ESPECIALIDAD

EN

VINOS FINOS DE MESA

SERVICIO Á DOMICILIO

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „
ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA	
Un año. 25 pesos, moneda nacional	

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== Venta de números sueltos ==

EDUARDO BOX

ROPA BLANCA

LA CASA MÁS ECONÓMICA EN BLUSAS DE SEÑORA, ROPA BLANCA, ENCAJES, BORDADOS Y TODA CLASE DE PRENDAS :: :: :: PARA NIÑOS Y BEBÉS :: :: ::

CARMEN, 25---MADRID

Se envían catálogos á provincias

"KOK"

La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un

CINEMATÓGRAFO

"KOK" PATHE FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA • EL MÁS ENTRETENIDO
EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de gran calor, para el jardín

Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por lo reducidos

PELÍCULAS ININFLAMABLES DE ASUNTOS

INTERESANTÍSIMOS Y VARIADOS

ALQUILERES Y ABONOS DE LAS MISMAS

MAYOR, núm. 18, entlos.-- MADRID

JABON



Supera al mejor
extranjero

CREACION de la
PERFUMERIA
FLORALIA
GRANADA 2, Madrid



Te saldrás con la tuya, usaré
el Jabon FLORES del CAMPO para ver
si cual tu me rejuvenezco.

Pts. 125 la pastilla, en las buenas perfumerias